Cesc Fortuny i Fabré
Las flores del búnker

Las flores del búnker

Cesc Fortuny i Fabré

Las flores del búnker
Editorial: La Náusea Ediciones
Colección E-Book

Edición electrónica: Septiembre 2025

©De esta edición: La Náusea Ediciones
©Maquetación: La Náusea Ediciones
©De la ilustración en portada e interiores: Cesc Fortuny i Fabré
©Del los textos: Cesc Fortuny i Fabré
©De la Nota Editorial: La Náusea Ediciones

Esta obra se encuentra bajo licencia Creative Commons

Certificado digital de Cedro nº 2025-08-10T14:27
Obra registrada con el nº: Evafw4lg-2025-08-10T14:27:16.054

Contacto: lnausea@gmail.com

Las flores del búnker

La Náusea es el nombre de una guerrilla artística y cultural que opera en el campo de las artes de vanguardia. Nuestras armas son la palabra, la música, el cine experimental y toda creación plástica que fuera de los circuitos invadidos por el tedio, luchan por hacer de la experiencia artística un lugar de encuentro. Nuestros centros de operaciones son: una revista semanal en castellano que lleva en funcionamiento desde el año 1999 con más de treinta colaboradores habituales.

Una sección quincenal en catalán activa e irreductible desde el año 2013 con más de veinte colaboradores. Una galería virtual de arte, con exposiciones trimestrales. Un sello discográfico dedicado a la música de vanguardia. Una productora de cine experimental.

Un canal de noticias y comunicaciones urgentes que se actualiza a diario, y una editorial de poesía y narrativa en formato de libre descarga.

La Náusea Ediciones
Colección E-Book

Las flores del búnker

Cesc Fortuny i Fabré

NAVEGABILIDAD

Para una mejor y ágil experiencia de lectura se ha previsto el acceso al índie desde cualquier página del libro, tan solo hay que seguir el olor de las flores. Igualmente a través del índice podemos desplazarnos a cualquier cuento que deseemos clicando sobre la imagen en particular o a cualquiera de los textos que acompañan a esta obra clicando sobre el título correspondiente.

Así mismo, se han habilitado enlaces externos para que el lector pueda ampliar la información sobre el autor y sus proyectos o la editorial, en cualquier momento y sin dejar el libro. **En este sentido, recomendamos encarecidamente que quien desee adentrarse en los recovecos del proceso creativo de los distintos cuentos y otras interesantes particularidades, lo haga desde el enlace pertinente que aparece en el índice, prometemos una experiencia aún más inmersiva.**

Feliz lectura!

Manifiesto:

Esto no es literatura. No es arte. No es entretenimiento ni refugio para almas sensibles. Esto es un campo minado de palabras que explotan en la cara de quien se atreva a entrar.

Las Flores del Búnker son fragmentos arrancados a la carne viva de un universo quebrado, un pozo sin fondo donde la mentira y la verdad se vomitan juntas, nauseabundas, inseparables. Cada relato es un artefacto letal, una herida abierta que sangra con su propio ritmo, pero que respira dentro del mismo cuerpo podrido.

Abrimos con El recipiente, un grito dedicado a Ángel Guinda, poeta aragonés que murió hace unos años, dejando un hueco negro en la poesía y en la piel. Cerramos con La proyección, disparo final para Ricardo Rubio, poeta argentino que también nos abandonó, dejando su sombra tatuada en la memoria.

Ellos no fueron fantasmas distantes. Fueron carne y voz, generosidad brutal y afecto real. Fueron lo que este búnker necesita para no ser solo un ataúd de palabras muertas.

No busques belleza ni consuelo aquí. Este no es un refugio, sino un desafío. Una invitación a perderse en la corrosión de las certezas, a quemarse con el ácido de la realidad. Si entras, no esperes regresar intacto.

Bienvenido al búnker.

EL RECIPIENTE

El recipiente

Para Ángel Guinda

Usando a los muertos como si fuesen talismanes, fue al principio motivo de muchas discusiones y si lo hicimos nosotros o no, resulta ahora ya una menudencia, pues no habiendo hecho más que abandonarnos, sin duda él sí ha terminado por hacernos a nosotros encendiendo el agua con la chispa del tormento y cerrando el bar donde se emborrachaban los ángeles.

Tampoco fue nada que nos sorprendiese, habiendo comprendido que las nubes son la espuma del universo empezamos a dar a luz a futuros cadáveres. Cuando anocheció sobre nuestras cenizas y la tierra escuchó el clavarse su cuerpo en nosotros, lo vimos bajo nuestra piel, bajo nuestros huesos y tendones. Y se irguió como un hígado negro que lo tapó todo, como único asidero de la vida monstruosa, como si al perder nuestra carne los pájaros atravesaran el aliento del calcio.

Pasamos meses ponderando los pros y los contras, meciendo las dudas entre interrogantes y suplicios, aspirando a ser músicos de la palabra que escribiesen con una botella de champán sus propias Biblias, pero el vacío ya estaba en nosotros y a pesar de los intentos de cotejar las impresiones que nos causaba la contemplación del artefacto y de los intentos de poner en común las impresiones que provocaba, nada en nosotros inspiraba ya confianza.

De manera muy lenta empezó a roncar la tierra, desbaratando a los árboles que vencidos, cedían terreno como jugadores de rugby, pereciendo testarudos e inútiles a la vez que las formas rectilíneas se erguían arañando la noche.

Mientras, un sonido de fondo llamado angustia salpicaba la alfombra de caparazones por la que avanzaba la monstruosa geometría del plástico.

Ominosos muros, tan lisos como una lápida, crecieron violentos como la carne metálica, arrasando los cultivos de nuestros estómagos como una plaga de langostas y pronto empezamos a constatar la ausencia de piezas, bloques o elementos que los constituyeran, así como fisuras, marcas, aristas o rendijas.
Las discusiones se enredaron como los oscuros peldaños que descienden hasta el magma del planeta, hasta el corazón mismo de los hombres y jugamos en cisternas de crudo olfateando los propios desperdicios como último bastión de la fobia congénita. Y el implacable molino de todas las miserias dejó resbalar el argumento, como un muerto que teme caer en el olvido.

Hicimos comités y grupos, meetings y asambleas, conferencias y clases magistrales …
Hicimos tratados y ensayos, documentos clasificados, estudios e informes … El argumento.

De un día para otro, las barbacoas de piedra dispuestas en fila formando un cementerio de pequeños incineradores, los olores de animales quemados como un escondite furtivo, el hedor de la madera ardiendo, de la cebolla rancia, de patatas mohosas, dieron paso a un ejército de veranos que descansaban ruinosos como tumbas desheredadas y al pequeño chiringuito abandonado demasiado aprisa. Los monstruos huérfanos como un carro de supermercado se quedaron sin refugio.

Los conejos, las comadrejas, los zorros y otras bestias, se expandieron por la escayola del labio
y firmaron en la conciencia del mundo y sangraron y sangramos

por el miedo a envejecer y a transformarnos, por el pánico a mirar en el espejo y no ver más que un cristal.

Paredes de arena soplaban sobre el agua quieta, sobre el impostor líquido negro y denso que había desplazado al lago. Y los niños tras las ventanas del útero, estaban tapados con lonas, con todos los árboles detenidos entre el firmamento y el barro, congelados en sus retorcidos brazos de madera, exhibiendo sus arrugas, acometiendo una fotosíntesis secreta. Sólo la polifonía del tornado deslizándose a través de las hojas zarandeaba la tarde, esa en concreto.
Nadamos sobre aquél fondo azul, tan oscuro que casi podía verse el agua que lo cubría como un cadáver. Nadamos por nuestra mudez y por nuestra ausencia plena de menstruaciones, por nuestro secreto lamiendo el fuego, borrando con la saliva el sonido etílico de nuestras gargantas.

La arena giraba bajo nuestros pies y el viento nos levantaba sin empatía con la furia de un reactor nuclear. Sentíamos nuestros brazos tirados por caballos voladores, extendidos como velas, como alas.
Y nuestros cuerpos se quebraron como ramas secas.

La enorme masa de agua se hundió como cadáveres en la fosa común que bailasen contra la lluvia y cayesen rabiosos por el árbol que se alimenta de ellos. Brotaron los cipreses de nuestros corazones, impidiendo sus raíces los latidos. La madera nos ahogó, como a los muertos. Y el agua, como digo, empezó a esfumarse, a secarse, a desaparecer por un enorme desagüe imposible, desnudando al lago y mostrando sus secretos.
Miles de peces boqueantes, embarcaciones enfermas y malheridas, árboles putrefactos, casas en ruinas, cadáveres metidos en bolsas y atados a piedras enormes.
Chatarra, vergüenza y culpa.

Fue el viejo el primero en sumergirse en aquél cieno, y al volver, sus ojos blancos como dos bolas de grasa confesaron el discurso ambiguo del párroco bisexual y hambriento, y nos dijo que la bestia golpea la sonrisa de un piano con una maleta repleta de barbitúricos y nos dijo que la radio se ahoga en la acequia de la rutina sintonizando el hastío con las últimas melodías de una escalera directa a la luna y nos dijo que un ser que no tiene nombre confiesa a los hombres que en el fondo sabe bien nuestra sangre.

En menos de una semana el lago era un recipiente de plástico casi tan negro como nuestros deseos.

Tampoco pasó de repente que la abominable selva de luces, los enormes cultivos de asfalto, los hormigueros sin techo donde vivían los hombres, cayeran enfermos como alacranes y sufrieran la convulsión de la crisálida.
Así, los edificios se desmoronaron como gigantes tetrapléjicos, como si millones de termitas hubiesen devorado las piernas de los rascacielos.
La curvatura del espacio-tiempo, engendró una anormalidad oculta por una superficie hermética. Una profecía autocumplida de las ecuaciones del campo de Einstein. Las odiseas venideras disgregaron el territorio del Recipiente infausto del resto del universo y a partir de ellas ningún átomo pudo huir.
Esta ondulación había sido meditada por la indeterminación universal que profetizó la existencia del Recipiente y fue su eminente estrella.
Stephen Hawking, Ellis y Penrose presagiaron varios teoremas primordiales sobre el sobrevenir y sobre la geometría de los Recipientes.

Imperator, Cancellarius, Hierofante, Hierofante anterior, Praemonstrator. Estrado y Bandera del Este ... Pilar Negro,

Hegemon, Pilar Blanco ...
Stolistes, Pan, Sal, Rosa, Vino, Lámpara roja, Dadouchos ...
Bandera del Oeste, Hiereus, Kerux, Centinela ...

Cuando estuvimos congregados y vestidos, el viejo, que ahora era el Hierofante, dio un golpe y los oficiantes se levantaron. Nosotros no nos levantábamos excepto en las adoraciones al Este o cuando se preguntaba por los Signos. Tampoco hacíamos nunca circunvoluciones con los oficiantes; pero cuando teníamos que movernos por el Recipiente, lo hacíamos en la dirección del Sol y hacíamos los Signos del Neófito cuando pasábamos por delante del Trono del Este, estuviese o no el Hierofante en él. El Signo de Grado se hacía en la dirección del movimiento excepto cuando se entraba o se salía del Recipiente, que se hacía hacia el Este.

No tardamos en comprender cuan sepultados estábamos en nuestros colchones y empezamos a sentirnos muy cómodos dinamitando los versos en aquella procesión de cristos que vociferaban a dioses sin orejas y que escalaban la piedra, pues el pus era ya certeza en nuestra oscuridad.

No tardamos nada en ver como digo, que los dioses adoran a hombres oscuros y que los hogares, las casas y en definitiva todos nuestros edificios, eran el rincón de la sal que acechaba nuestros zapatos, más puros que el excremento o que nuestros sudores ceremoniales.

El Hierofante con sus ojos en blanco, se ponía en pie sosteniendo el cetro con la mano derecha y la Bandera del Este con la izquierda. El Kerux se desplazaba hacia el Noreste con lámpara y vara. Seguían después el Hegemon, el Hiereus con bandera y espada, el Stolistes con la copa, el Dadouchos con el incensario y finalmente el Centinela con la espada. Se alineaban

todos por este orden detrás del Kerux que conducía la procesión, y al pasar por delante del Hierofante cada uno hacía los signos de Horus y Harpócrates.

Las caras espectrales desplazadas en el tiempo, alargadas hacia atrás como el cuerpo de una mantis que alcanzara las glándulas del reactor nuclear mucho más aprisa que con el caucho y la chatarra, empezaron a viciarse, a engancharse al nuevo fentanilo, a las paredes flexibles y dúctiles, a las negras geometrías etéreas y casi traslúcidas y en definitiva, a resbalar por las autopistas con aquellos recipientes de plástico negro.
Atrás quedaron cementerios de hormigón, esqueletos de chatarra y deshechos de metal, momias de cemento y asfalto.
A vista de pájaro, nuestras ciudades parecían nidos de termita destrozados por un oso hormiguero.
Nos acurrucamos en el Recipiente, volamos con el Recipiente y nuestras casas crecieron en sus labios, expoliando nuestro abdomen en el vacío de la arrogancia, en esa delgada línea que separa la conjunción del destino y aunque nuestro fulgor intentase exorcizar a los poetas blasfemos y no fuese más que un eterno pulgón hablando sánscrito, siguió deglutiendo el mundo por interminables laberintos de mierda.
Para asegurar su propia supervivencia en los tiempos de la desesperación del éter, el Recipiente expelió células especializadas, resistentes a la radiación ultravioleta, a la aridez, al entusiasmo ...
y las depositó con sumo cuidado en el suelo y en el agua donde sobrevivirían durante milenios.
Y nosotros las respiramos, respiramos el polvo amarillo.

A partir de entonces, algo vivió dentro de nosotros que no era nosotros mismos y empezamos a enamorarnos de la simpatía de las moscas, de sus ojos helados, profanos y bastardos. Porque para aburrirnos con la pureza, creímos preferible rebanar la

esperanza con un martillo neumático y secar nuestras lagrimas de barro.

Las mujeres en el Recipiente, los hombres en este otro. Niños y niñas en este y en aquél. Perros y gatos en el otro.

Estábamos tumbados en la camilla, teníamos tanto frío que tuvimos que redimir a la madre de los nervios del lobo, nuestra temperatura corporal comenzó a subir y apareció la fiebre provocada por la ingesta de fentanilo. Empezamos a notar esos odiosos movimientos en nuestros vientres, y comenzaron a moverse de forma autónoma, nos sedamos el alma y nos esterilizamos los pecados, antes de correr a por nuestros diagnósticos terminales por toda la infinitud congelados como los ojos del conejo. Nuestro interior era un mar cuyas olas rompían en nuestros vientres. Nuestro interior era la cal y la herrumbre que habitan nuestro desierto. Nuestro interior era el lenguaje para comprender a Dios.

Estuvimos en un mundo tan llano, que el viento no sabía que golpear y mientras, los muertos padecían insomnio y los pubescentes artefactos que exudan como cabezas sobre los coágulos de la carne, seguían proliferando junto con los temblores de piernas y sobre todo de brazos. Ahora sí que empezaba a llegar el momento ...
Los dolores cada vez eran más intensos y fuertes y de repente nos tuvimos que abrazar a la sed del pájaro que busca la razón de sus tormentos en el estudio molecular de su excreción y empezamos a hacer movimientos circulares con la cabeza sintiendo de una forma muy intensa un océano de roca, engullidos por el semen obtuso de los niños, derrumbados como el insecto en el abdomen aullador de sus enjambres.
Nos quedamos en el Recipiente, como cucarachas anquilosadas.
Venía algo, ¡lo sentíamos!

Empezamos a notar que nos salía ... era como el asfalto que pesa sobre el silencio y como el campo gravitatorio del bosque que atrae a la bestia con la ferocidad de la baba.
Teníamos el calor de la arboleda que se arrastra por el corredor infinito y le suplicamos a Dios que nos soplara en la cara y seguimos con los movimientos de ese dolor que dirige los helicópteros de la mente y diluvia en el corazón de los difuntos cuando la anciana piedra, prostituta tranquila, fruto viejo del hombre, cae en la fosa como el cigarrillo violado por los pulmones.
Notamos toda su geometría dentro de nosotros.

La estrecha sombra del feto en el Recipiente.

Perdimos literalmente la sustancia y empezamos a flotar, de rodillas en la tristeza, como un dolor de aborto y caímos en la mirada de Dios y en la baba del pene que gotea sobre el Verbo para darle brillo. Nos vimos a nosotros mismos tendidos e inertes en el cuenco plástico, con los frutos exiliados del viejo bosque cuando caímos en la fosa madura y nuestra lluvia descalza rellenó los pulmones dentro del pantano. Pero la visión cada vez era más difusa porque no parábamos de coger altura. Fuera de nuestros cuerpos, tendidos en el Recipiente boca arriba mientras flotábamos sobre él y observábamos todo lo que ocurría a nuestro alrededor.

Inútil sería afirmar que fuimos devorados, que lo fuimos, como inútil sería afirmar que fuimos substituidos, que lo fuimos.
Nuestras ciudades masticadas por enormes Recipientes y el lago reemplazado por un aún más enorme, rectilíneo y profundamente negro Recipiente impostor.
Un polvo amarillo que flotaba y se introducía en nuestra carne y nos tiznaba desde dentro y nos hacía gritar en orgasmos convulsivos. Un polvo amarillo que se enchufó a nuestras conexiones sinápticas y nos sometió a esta burbuja virtual.

Es hora de arrancarse la piel del pasado ya que la muerte es un viaje por el tiempo y nosotros somos un velo que hoy respira mucha de esa electricidad que las estrellas que no nos necesitan, vomitan sobre los hombres que aprendieron a hablar con los muñecos.

Y así nuestro llanto, le es indiferente al vasto universo.

EL HONGO NEGRO

Hongo negro

Las señales llegaron a vosotros como un cáncer de otoño, como un vendaval de sonidos y de alarmas antiaéreas, un camino de hormigas acústicas que recorrió distancias imposibles antes de martillearos los tímpanos e instalar sus guaridas en ellos. Un océano de ondas mecánicas que corretearon a través del fluido, que vibraron con él.

Ahora ya solo recordáis que los niños subieron a la biblioteca de la torre en busca de un libro … Breve historia del tiempo de Hawking. Lo habíais leído hacía ya años. De hecho os lo leyó Padre a vosotros, lo recitó en un tibio atardecer de Absenta, os lo leyó atravesados por la vagina húmeda del sueño, que os jugó con deseos de cartón en vuestro mar turquesa y atada con abandono, con las hojas pacientes que os pudrieron los restos, vuestra mente se quebró. Os lo leyó a todos, a todos menos a los niños.

Pero el libro no estaba.

Primero pensasteis que los niños no eran capaces de encontrarlo, que vuestras ratas rodeaban sus pies pequeños como el cemento que quiere expresarse aunque no sepa cómo, que las viejas ciegas que cruzan las autopistas montadas en hojas de afeitar y melancolías, se deslizan sobre tornillos decapitados y que al final, es mejor hacer las cosas uno mismo. Así que subisteis, y buscasteis.
Estuvisteis días perdidos entre verdad y costumbre, llorando a los difuntos rumores del cielo, escarbando entre montañas de palabrería y letras, muchas letras y ni el aliento de animal muerto, ni el estertor de los niños, ni el vuelo de los perros surcando el mundo montados en tuercas, os hicieron desfallecer. Aún así …

El libro no estaba.

Entonces pedisteis ayuda a los perros y taladrasteis los espejismos porque os contaron que los peces se habían puesto a pelear y que una hierba negra había crecido sobre viejos y gatos como un enjambre de aullidos. Y los viejos os contaron que querían transformarse en un animal, y que deseaban haber estado ausentes demasiado tiempo y que cuando se acabó el mundo detrás del mundo, se acabó la oscuridad tras los ojos, que era como una huella muy antigua en una tierra sin narración. Y os confesaron que en este frío absurdo al borde del precipicio cayó sobre vosotros la luna y el miedo, pero que sin hablar el idioma del silencio ni Lucifer fue despedazado en el trapecio, ni fuisteis arrestados por la sábana en la que descansan las estrellas.
Así que comprendisteis que sois un instante de dolor perdido en un cosmos de carne, algo muerto que parece por momentos vivo aún.

Meses después, los niños rezaban en la cunetas a un espíritu flotante que visita el porvenir y sangraban por los ojos y temblaban de terror.
De reojo, habían visto varias veces unas sombras que correteaban como un paño negro y arrugado que saliera disparado hacia la nada. Entonces los niños fluyeron por las escaleras como un agua de vida que os mostró el camino, una pequeña conmoción en la escalera del búnker.

Cuando nació la primavera y el Sol estaba bajo el signo de Virgo y cuando Madre empujaba para dar vida a los monstruos, los insectos, pequeños roedores y reptiles, en lo más profundo del bosque, callaron, sorprendidos por la linterna, escondieron que Madre ya no podía ayudaros, aunque vivierais en esta ciudad cimentada de dolor y le pidierais auxilio desesperados.

Madre no os oyó, porque sus gritos ahogaron los vuestros.

La búsqueda no dio ningún fruto. Y de hecho, estuvisteis pronto de acuerdo en que más que de insectos, se trataba de ratones, quizás pequeños gatos ... aves de poco tamaño ... gallinas. Así que finalmente llamasteis a otras comunidades y preguntasteis por el libro de Hawking, quizá tan solo era un recuerdo de vuestra adolescencia, de cuando Padre os lo leyó en ese tibio atardecer de Absenta, de cuando estabais atravesados por la vagina húmeda del sueño, de cuando vuestra mente se quebró, de cuando os lo leyó a todos, a todos menos a los niños. Quizás se habría quedado en otro sitio, en otra comunidad, quizás se lo había llevado Padre cuando os abandonó, cuando emprendió su viaje.

El libro no estaba.

Pero luego ya no fueron solo los niños y los viejos, vosotros también lo visteis. Con los libros vivisteis otros episodios parecidos, aunque no seáis capaces de precisar en qué momento lo empezasteis a notar.

Ahora recordáis que al hojear los libros ... sí, eso que os gusta hacer tan a menudo, olisquear las letras aquí y allá, no leerlos enteros, solo recordar algún párrafo o algún capítulo al azar y recitarlo en voz alta, en el círculo, en el corazón del búnker ... la carne vieja retozó en el pasillo mientras los niños nadaban como perros en el cemento y recordáis que erais cientos chapoteando en la piscina, a punto de que vuestros cuerpos se rozaran por última vez. Ahora recordáis que el sexo es una enfermedad maravillosa entre criaturas extrañas y que incluso morir es un acto de erotismo. Recordáis pues que al hojearlos, os pareció que lo que leíais no correspondía al libro que teníais entre manos.

Como si un trocito de la Biblia se hubiera colado en el Silmarilion.

Con la tristeza de subir y bajar las escaleras de otro, hojeasteis Un universo de la nada de Lawrence Krauss y allí estaban esos párrafos, los siameses malditos repletos del humo del cosmos, criaturas horrendas que se repiten a si mismas como un fractal terrible mientras lloran como estrellas sin noche para guardar el hueco del árbol. Os encontrasteis con unos párrafos de La física del futuro, ¡allí, en Un universo de la nada!

Lo que quiero dejar claro es que no me refiero a que entre los párrafos de Un universo de la nada hubiera unos apuntes a lápiz o a boli sobre el libro de Michio Kaku; es que os encontrasteis párrafos enteros impresos con la misma grafía entre los de Krauss.

Si todos aspiramos a la luz, a cada uno le corresponde acabar con sus tinieblas, pero eso ya lo sabéis, perdemos tiempo muy rápidamente.

Lo que veíais por el rabillo del ojo continuó furtivo y fugaz, ese rostro enfermizo que sonríe y llora a la vez, siguió en el ángulo muerto de vuestros ojos, pero una tarde algunos hablasteis de pequeños cuerpos con dos patas enjutas como alambres, otros de cuerpos gordos y redondos. Vuestras voces murmuraron sobre seres de unos treinta centímetros de altura. A partir de entonces, los gatos fueron un vapor oscuro que baila sobre los brazos de los árboles.

El miedo os invadió a pesar de que Padre os enseñó a fingir interés en arrastrar vuestras babas por la vida. En una asamblea nocturna la comunidad se reunió en el círculo, en el corazón del búnker. El niño ciego fue el primero en confesar que en realidad el

terrible agujero donde pacen los campos de los sueños no conoce piedad y nació alumbrado por el frío como una abuela espesa y oscura que muy lentamente os corroe los intestinos como unos pájaros de luz cruzando un mundo submarino. Y muy lejos en el vacío, os habló de unos sueños horribles que creísteis fruto de la sugestión, pues todos los sufríais silenciosos mientras vuestras cabezas habían dejado de volar y encendidas como meteoritos habían caído sobre la tierra.
Os habló de un concilio de seres, tal vez ocho o nueve, que se quedaban quietos alrededor de vuestros camastros, secuestrando la luz como una sábana sobre la lámpara.
Otros niños asintieron y os hablaron de gallinas muy negras, de gallinas sin pico. Pero en la oscuridad del dormitorio comunitario es muy difícil percibir detalles.
El cuerpo del niño ciego bailaba con un estertor epiléptico al recordar que esa entidad se mantuvo allí quieta y que al intentar mirarla de frente, con esas retinas que le crecen en su mente, la alimaña salía corriendo hacia ese lugar donde se esconden todos los gritos del universo.

Los espumarajos del niño os hablaron de engendros con cabezas de gallinas sin pico y con lenguas colgantes de flacidez babosa. Otros hablaron de mini hackers barrigones, con la capucha de una sudadera y unas fauces excesivas y cilíndricas, que decidieron callar para siempre y dejar mudo a quién las observa, sombrías como una fosa muy profunda en la que sólo cabe la ausencia. La madriguera del hongo negro.

Pero empezasteis a recordar que en vuestros sueños os palpáis la carne triste; brazos, piernas, cara ... y os veis sin ojos la carne deshecha y recordasteis como se fueron los pájaros de manera tan repentina que no pensasteis posible perder para siempre el río, en este delta terrible, baldío, ya sin vida.

Perdisteis el agua, la fuente de la que brotáis.
No teníais espalda, frente a vosotros tan sólo el mar había sido un proyecto. Una noche visteis también vosotros con total claridad, cómo de sus hocicos les salía una especie de ectoplasma luminoso que se alargaba como la antena de un caracol.

Esa noche dejasteis la asamblea cabizbajos, pues comprendisteis por primera vez que secuestrados en la tumba vuestra gente espera, apelmazados en el pequeño agujero del estante. Y ya nunca ha sido suficiente pensar que nada debe faltaros, que os han talado una trinchera dócil y muy profunda, que reposaréis y la angustia dormirá.
Dicen vuestras muertes que estaréis en buenas manos.

Os lo dicen y os mienten.

Ahora cuando subís a la torre oís un alboroto, ruidos de animales etéreos. El tumulto que haría un gallinero si las aves fueran mudas. Y desde esa noche procuráis no engordar y no lucir vuestras almas, no sea que la muerte os encuentre más sabrosos. Pasáis de puntillas, en silencio y evitáis así todo protagonismo. Cambiasteis de rostro, cambiasteis de ropa. Lleváis las retinas de la mente clavadas en vuestros espinazos.

En otra asamblea la noche brotó de una sombra más antigua que el miedo y el viejo bibliotecario que olía a animal muerto se quejó de los libros y os habló de un infierno alicatado y aséptico y dijo que había encontrado libros con párrafos mezclados de otros libros y no sólo un ejemplar … ¡todos!.

A la aurora subisteis a la torre a revisar los libros, ya nunca lo hacíais de día, salíais poco del búnker. En el negro torreón todo estaba cubierto por la melena del tiempo, no os habíais dado

cuenta hasta ese momento pero una nube lanuda y sombría se expandía por doquier y ya casi no se distinguían las formas.
Vuestro mundo estaba lleno de ese hongo y vuestro musgo estaba lleno de ausencia y la muerte era vieja y muy pesada.
De entre vosotros sólo los que más la amaban trajeron la báscula para pesarla.

Visteis que los libros eran ya incomprensibles. Las frases eran una mezcla de varias obras, las palabras mismas habían dejado de tener sentido.
Sospechasteis que esas bestias os clavaban su antena ectoplasmática en la cara y que os borraban los pensamientos. Y por alguna razón, por algún mecanismo, excretaban esa vellosidad, esa nube peluda y negra que lo tapaba todo. El hongo negro.
Gomas de borrar mentales en forma de gallina.
En el negro torreón cada noche oísteis cómo algo andaba por los anaqueles, cuando subíais por la mañana los libros tenían sus textos más desordenados, mensajes confusos, absurdos. El viejo bibliotecario que olía a animal muerto hizo guardia en el torreón, no aguantó toda una noche. Dijo que aquello caminaba bajo la manta de pelaje negro pero no por la madera, no sobre los estantes, lo que hacía era caminar por el interior de los libros ... de un párrafo a otro ...

Después del eclipse todo fue a peor.

El olor a animal muerto salió de su boca, de su oquedad sin dientes, desgajada en la carne seca y arrugada. Y os dijo que los discos del Sol y la Luna vistos desde la Tierra son casi iguales. Y os dijo que uno y otro apenas sobrepasan el medio grado. Y os dijo que estando el Sol cuatrocientas veces más lejos que la Luna, es cuatrocientas veces mayor... y os dijo que el

semidiámetro del Sol es dieciséis minutos un segundo y que varía en el transcurso de un año ya que la órbita de la Tierra alrededor del Sol es elíptica y os dijo que varía entre quince minutos cuarenta y cinco segundos y dieciséis minutos diecisiete segundos. Y os dijo que mientras que el semidiámetro lunar es de quince minutos treinta y dos segundos, os dijo que varía por idéntica razón entre catorce minutos cuarenta y tres segundos y dieciséis minutos veintiséis segundos durante un mes lunar.
Así que sólo durante una fracción de la órbita lunar, cuando la Luna está cerca del perigeo, tiene suficiente tamaño para que se produzca un eclipse de Sol total.

Ese día la luna estaba suficientemente cerca del perigeo.

Pero no solo cayó la noche en pleno día, todos lo visteis. Una manta de ceguera espesa lo tapó todo, un sol llorón de fuego triste pero muy frío, un frío de luz cegadora que en poco rato os había quemado los sueños.
Algunos pensaron que la solución era poner cemento y hacer un enorme parking, pero erais la cánula de donde brotaba el hormigón. Erais una pizarra sin escribir, sucia, olvidada ya. Os perdisteis en vuestra textura, crisálida de vacío arenoso, una niebla de yeso abandonado y de moléculas descuidadas.

¡Fuisteis tanto polvo!

Persistíais oscureciendo, como una matriz sin parir, pura, indemne. Después del eclipse todo fue a peor. El sonido de sus garras mezclando los párrafos, correteando de un libro a otro, pasando de una novela a un ensayo y con las patas trastocándolo todo. Caminando sobre las palabras y mezclándolas quizás con un gesto involuntario. Quizás como un daño colateral.
Los correteos podían durar toda una tarde o una mañana entera,

después paraban. Sin más.
Vuestra memoria se había deteriorado mucho. El viejo os dijo que llevaban las letras pegadas en las patas y que cuando os clavaban el ectoplasma os metían cosas en la cabeza que no deberían estar ahí.
Sin daros cuenta cogisteis a los tres reyes magos y los quemasteis junto con vuestras túnicas. Habíais caminado por otro mundo y habíais visto lo que los demás no pueden ver, lo que las lágrimas del demonio habían dibujado en el barro de la vida. Tuvisteis que quemar los juguetes para seguir vivos y esto os hizo morir poco a poco.

Tembló la imagen en vuestros monitores cardíacos y chorreó un sudor insípido, sin vida.
La peor condena es tener miedo al propio cuerpo.

El niño ciego encontró plumas negras dentro de un libro, os las mostró en una asamblea, en el círculo, otra noche. En el corazón del búnker... y ahora si gritáis atemorizados por vuestra bestia nocturna ya no podéis acudir, pues habéis comprendido que el olor del hogar no es más que el familiar hedor de las cosas.

Os tocó a cada uno la mejilla y os dijo que el dolor no es el destino final y os habló del milagro de ser un fracaso y arrepentirse y os dijo que la montaña puede haceros sentir la paz del mundo.

Pero ya no sabríais comprender la melodía de ese nombre ... *muntanya*.

Evitáis mirar a la torre que planea sobre vuestras vidas como un astro omnipresente. Es la manta que al atardecer escupe el terrible hielo del miedo, la implacable belleza de la venganza, la

fascinación por el trueno que se acerca. Os ha crecido esa bestia, ese hijo bastardo e indeseado, os ha crecido en los árboles y en las rocas, os ha crecido en las calles y en vuestras camas.
Este humo negro que como una melena peluda mastica vuestro mundo.

Los libros ya no tienen ningún sentido. De hecho se parecen más a una obra pictórica que a un texto, manchas y más manchas ...
Los niños pasan más tiempo en la torre que en sus casas, los viejos son como cabezas sobre los coágulos de la carne, germinan en la piedra, como la sed del pájaro que busca la razón de sus tormentos en el estudio molecular de su excreción.

Vuestros pensamientos se han llenado también de manchas... y por las noches las oís caminar sobre las dañadas letras, entre los estantes, esparciendo el hongo negro que retumba sobre el remojo, sobrevolando un océano de roca, engullidos por el semen obtuso de los niños.
Estáis derrumbados como el insecto en el abdomen aullador de sus enjambres. Por fin la nube densa pesa sobre el silencio y el campo gravitatorio del bosque atrae al hongo con la ferocidad de la baba. Creo que quiere ser salvaje y que en la puerta del búnker la arboleda se arrastra por un corredor infinito.

Si se nos obliga a ser monstruos acabamos teniendo el único deseo de ser monstruos.

La Flor

La flor

Siempre habían sido seres malditos, tratados como ataúdes del futuro violando los barros del hombre. Sus falsos amigos frutales les saludaban desde esos escaños con hedor a huracán de aullidos y credenciales novelescas, y es que en realidad ellos también hubiesen renegado de criaturas tan obscenas y blasfemas como ellos mismos.
Fueron escupidos de todas las comunas, despedidos por la escalera que se suicida deslizada por los mármoles inflamados como un absceso. Solían quedarse aparte de los demás niños ... los nervios, la angustia, los silbidos en la cabeza. Todo era una cerradura violenta.

Nunca les comprendieron ni nunca se comprendieron, pues cada faro es un alma en la luna, y terminaron entregados al volcán con apenas diez años, por la decadencia romántica de bajar al nido del pus para ser un panteón que no se permita sentimientos.
Aún así, fueron felices con sus estudios de anatomía en las clases de ciencias naturales en las que solían practicar la disección de algún anfibio anuroranas o de algún ejemplar de rattus norvegicus.

Felices sí, en esas horas en las que se entregaban con pasión desenfrenada a cortar y desgajar carne muerta.

Año tras año, se sumaron al palco de la idiotez madura, se replegaron como los siete policías del escuadrón que murmura pedazos de árboles, y cuyas vísceras y dientes, gritan al oído de sus enfermedades. Y corrieron hacia atrás, hacia los arbustos que daban sombra, para esconderse de los otros niños, de esos que les tiraban piedras disfrazadas de flores.

Y se reconciliaron con la boca en la piedra acariciando las hogueras heladas, sintiendo unos cosquilleos picantes en sus estómagos, como los antiguos que viajaban en enormes montañas rusas, dando de comer burbujas a las nubes, y velando la carne donde la noche tediosa reclamaba su masa en el cristal del mundo.

Millones de lucecitas lánguidas montadas en sus puentes levadizos les esperaban indicando el camino hacia el búnker, y con la alquimia secreta de su sanación, de cuando las cosas eran menos postizas, arrancaron el barranco que muere en una cueva húmeda, repleta de letras en las rocosas paredes; signos, y animales, que terminaron por encender una hoguera en sus deseos.

En cada búnker póstumo se abrió el telón y sonó la mudez de la Tierra.

Nadie podría jugar ya con ellos y ellos aprendieron a oler a los hombres con su mordedura a modo de máscara bajo el agua y sin ningún tipo de compasión, les trataron como a los viejos sueños que chamusca la lluvia o como a los ratones que han sido silenciados en otro estallido de laboratorio.
Despojos sociales, enfermedades, silencios con vocación de gritos. Transformándolos en un selenio recuadrado entre los infames horizontes.
Incendios a las cero-cero horas donde las patagioenas araucanas rezan a Michio Kaku, antes de caer en picado sobre la tierra y asesinar a los saurópsidos.

¿Cuantas veces habían soñado con que se acabara esa pesadilla?, tantas que ya no pudieron ni contarlas.

Cualquiera de ellos, con menos de diez años y perdida ya toda la sangre, era capaz de descuartizar un gato y volverlo a montar en la alfombra profana de sus claveles metálicos, mordisqueando los ombligos criados en peceras de alacranes. Entero. Parte a parte. Y por supuesto dejarlo en perfecto funcionamiento. Gatos devueltos a la vida y perfectamente funcionales, gatos indistinguibles de los otros gatos.

En el búnker los odiaban.

No es posible describir el placer que sentían al manosear la carne utilizada para la exploración científica de la estructura anatómica y sus funciones, pues bien es sabido que no hay adeudo en el fondo de la fe. La descarga repentina de la tensión sexual acumulada durante el proceso les hacía viajar con el cordón umbilical conectado a primeros intentos no mágicos para alcanzar el espacio, su noche de desierto crudo era insufrible, usando la desnudez de la vagina y abrazando la viruela del mundo, donde duerme cada útero, se gestaron sus monstruos de celulosa y recordaron las obligaciones del diablo.

La noche frente al silencio encontraba las palabras mirándose a un espejo de animales fofos, y le rezaban a Thaller, a Greene o a Krauss.

Se agrupaban de a siete, formando círculos alrededor de sus víctimas, acabando en muchos casos con la vida de seres humanos y de animales usados en la experimentación y resultando en contracciones musculares rítmicas en sus regiones pélvicas, abandonados a un intenso placer sexual.

Poseídos por espasmos musculares en múltiples áreas del

cuerpo, por una incontenible sensación de euforia, por movimientos del cuerpo y vocalizaciones, avanzaban sobre los niños que ladraban frente a la resurrección de los vidrios, y liberaban oxitocina y prolactina, así como endorfinas abandonadas en los esputos de la investigación científica, y esperaban pacientes que los deseos roncos de la oscuridad se manifestasen en la naturaleza

En todas las comunidades los odiaban.

Aprendieron rápido a fabricar la sección impulsora, compuesta por los motores y los depósitos de combustible, cuya misión era abandonar la atmósfera terrestre y poner la Flor en órbita estable. Preferían hacerlo con sierras y cuchillos dentados, con el sudor de las serpientes que se multiplicaban como las ratas hasta que los dedos de luz prosperaban sobre sus guaridas y la locura les hacía comprender un castigo más profundo que el hueco invertebrado de su juventud.

Abandonaron el hogar para caer en la fosa, para que toda radiación electromagnética se propagase con una rapidez constante en el vacío, así que cuando les tenían en esos vehículos o máquinas diseñadas para volar en el espacio exterior, empezaron sin saberlo a ser el manjar de las estrellas, a cantar con toda su resignación las excelencias póstumas de sus maestros y de alguna manera, se arrancaron las piernas a dentelladas.
El clan de los guijarros les enseñó a corroer los años y aferrarse al cerebro para encerrar a las eternas pesadillas que se retuercen en el sarcófago del hombre.
Entonces empezaron a ensamblar los módulos del complejo pétalo a pétalo, pero lo mejor fue lo que se les ocurrió cuando la mudez de los gritos tristes exaltó el cilindro presurizado de seis

coma seis metros de longitud y cuatro coma cinco metros de diámetro, con una masa total en el lanzamiento de doce mil cuatrocientos kilogramos, incluyendo dos mil quinientos kilogramos de masa correspondiente a la carga útil, y la nueva fe de los rostros sin dientes que debía sumirlo todo en un letargo paralizante, abrió las heridas de las zarzas y taladró las escamas del universo.

Colocaron la Flor en el sendero que gira alrededor del mundo, bajo el influjo de su enorme masa. Desplegaron sus quince pétalos y empezaron a trabajar, lejos de sus hogares en los que no lloraron su ausencia.
Ni que decir tiene que pagaron un alto precio por sacar provecho a la muerte, por germinar el frío en los dientes y desatar sus más obscenos y atroces instintos, y se entregaron durante años a aprovechar la presión lumínica de la radiación solar para obtener impulso y generar un campo eléctrico o magnético capaz de interceptar el plasma del viento solar para conseguir lo mismo. Les gustaba que la energía se moviese de un sitio a otro, pues sabían que al hacerlo se comporta en parte como si se estuviese moviendo una masa.

Una especie de campo de materia que se propaga por el espacio de modo similar a una onda.

En esa primera vez fue el cambio de condición de la materia, que viajaría como una onda taquiónica, desplegando una enorme membrana que actuó a modo de espejo, reflejando los fotones provenientes de las estrellas, y generando un pequeño impulso en dirección contraria. Ni siquiera preservaron las células y tejidos de los cuerpos, y a través de ciertos procedimientos trataron de evitar cualquier mínimo daño, alrededor de la Flor diseñada para volar en el espacio exterior crearon un glóbulo de energía en el

espacio-tiempo, y generaron distorsiones del mismo para que la burbuja se alejase del punto de origen y se aproxime a su destino.

Hasta ese momento todo lo que habían hecho era manipular la doble rendija, abandonarse al placer de ver como se desvanecían sonido, sílabas, palabras, fonemas o grupos de palabras entre sus manos, y como fuera del entorno de las sustancias que modifican algunas de las características de los principio activos, y al margen de los conjuntos de elementos móviles y fijos cuyo funcionamiento les posibilitó aprovechar, dirigir, regular o transformar energía, o incluso volar en el espacio exterior, fuera también de las estaciones espaciales o de los módulos de descenso, las lesiones por la formación de burbujas en el interior del cuerpo y su posterior crecimiento, se convertían en agentes flexibles que percibían su entorno y llevaban a cabo acciones que maximizaban sus posibilidades de éxito en algunos objetivos o tareas.

Este concepto métrico, diferencial y topológico del espacio en el que hay demasiada escayola con miedo a envejecer por culpa de las ecuaciones diferenciales, fue uno de los muchos, más tarde se sucedieron los monstruos que se esconden de las bombillas en calidad de fosas nasales del cristal que se dan cita en un campo de agua, los huérfanos que corren por el óxido de los conejos, para que la conciencia del mundo, confiese al lenguaje que hay huelga de palabras, y que con su cadáver firman el aliento de los cuerpos de perros, otros gatos, y hasta de algún pájaro.

Sus ansias de carne y de tocar y juguetear con la caja de música torácica aun caliente, les llevaron a estudiar otras posibilidades. En esos tiempos donde se esconden todos nuestros vampiros,

todo fue mucho más fácil, en su condición de estudiantes pudieron entrar en contacto con sus amigos los libros.

Aquella piscina infinita en forma de burbuja negra olía con un hedor tan fuerte que los restos de sus cerebros, en vías de extinción, iluminaban la cornisa del cobalto con su fluorescencia artificial, así que por hacer caso al principio de simultaneidad dimensional, aquellas primeras experiencias con humanos les llevaron a fornicar con los estómagos de la luna, para regresar muchos años después y seguir sufriendo en los árboles.

Cuando volvieron, sus cuerpos habían menguado, y sus rostros reflejaban el vacío acampados a gritos sobre las terrazas de la polución del cosmos. Pequeños cuerpos con dos patas enjutas como alambres, cuerpos gordos y redondos ... sus caras eran madrigueras oscuras.

Cabalgaban los eclipses como una manada de bolsas de basura, negras y etéreas, flotando en las pesadillas de las comunidades. Su primer asesinato, lo cambió todo para siempre. No fue especialmente romántico ni completo, pero fue muy revelador, comprendieron que si querían continuar viviendo con esa sensación de vitalidad que correteaba triste como la pulpa vegetal, tenían que derramar un curso acelerado sobre el trance puramente sexual en el viento resignado de los pétalos.

Y así lo hicieron, fueron azote en el ombligo de las mariposas, y empezaron a frecuentar furtivamente las altas torres negras, donde las comunidades guardaban sus preciados libros, atravesando el Mar de Dirac, que es la base de la antimateria.

Como hormiguitas juguetonas y fantasmales, se aparecían en la sangre que desvalija el suelo y en las migas de estudio obligatorio

que fagocitan los ojos de la muerte.
Y los niños desgarraban el olvido que tranquiliza y se desencanta de la luna y de su playa.

Aquello era una venganza para los náufragos que otrora poblaron la Flor, se habían convertido en el último baluarte del odio genético.
Quizás por que les habían expulsado hacía ya tantos años, pequeños pactos de carne ardiendo en la noche les dieron sin saberlo acceso a la sala común donde se celebraban las asambleas, una habitación de considerables dimensiones con bancos dispuestos en semicírculo, y en ese bosque de muebles, en vez de niños, sólo encontraron despojos abrasados igual que bombas palpitando como la ardilla al tocar la rama de un árbol.

Ansiaban destilar más estrellas, a pesar de las rendijas que se insinuaban en la mazmorra del género humano.
La tumba emitió su duda por que era la hora del vacío, y había venido donde la muerte incendia pulmones, a decirles a los habitantes de las comunidades, a los pobladores de los búnkeres, que había visto un gran barco en la pared de sus bocas, y que los pequeños monstruos venidos del espacio no se sentían miembros de sus comunidades, que querían sus libros y que tenían tecnología, y que iban a usarla para vengarse.

Así que se reunieron alrededor de la ergoesfera y el horizonte de sucesos, donde se forma una región de dirección obligada que atrae inevitablemente a todo objeto que en ella se encuentre y cuya turbulencia es enorme debido a la rotación del gran atractor.
Ya en el borde interno, les enseñaron a desplazarse entre universos, ávidos en su sigilo, y a cerrar la oficina de los ojos rotos.

Desde entonces, se asean y almuerzan, pero eso no lo sabe casi nadie, y se retiran silenciosos cual suicida, para descuartizar su paisaje donde seguramente vendrá la luz a los labios del cristal, y nada escapa de la fuerza gravitatoria generada por la singularidad. Los adultos siguieron creyendo que eran seres distintos a ellos, los vieron como criaturas monstruosas, como una amenaza. En cierto modo no alcanzaron a entender donde se levantaban temprano sus gurús y sus puertas del infierno.
Sus heridas se desnudaron formando rostros de lluvia, y ahora les sonríen detrás del corazón del monstruo.

La Jeringuilla

La jeringuilla

Golpearán una, dos, quizás tres veces sobre el suelo mojado y ennegrecido por el agua. Muchas veces, el agua que caerá será muy negra, las fábricas teñirán las nubes con su hollín, y después, estas, como por venganza, vomitarán aquella pasta negra que lo cubrirá todo. Perros, gatos, ratas, ventanas, edificios enteros y ropa. Todo quedará embadurnado con el barro negro que se formará. Cientos de niños ociosos rondarán constantemente por las calles, enguarrados hasta las orejas de aquel hollín maloliente. Pequeñas criaturas negras de ojos redondos y enormes, inocentes y mal paridos. Alimentados con la leche de la rabia, inyectados de una furia incontenible, incomprensible para ellos mismos. Bandas de críos harapientos y mal alimentados, ojerosos y huesudos, que vivirán con tarifas de precios. Tarifas para asesinar, para una felación, para apalear, para robar ...

Una rabia humana os empujará en forma de patada y la veréis dar saltitos de piedra en piedra, como un saltamontes ruidoso, impertinente y ligero que cabalga un estruendo acampanado. Golpearán una, dos, quizás tres veces sobre el suelo mojado y ennegrecido por el agua. Os concentraréis en perseguirlas para darles otro empujón con vuestros pies nada adiestrados. Unas cuantas volteretas en el aire, una, dos, quizás tres veces sobre el suelo mojado y ennegrecido por el agua ... y ese ruido a latas llamativas que piden auxilio.

Os sentiréis como tantas veces, cansados y pesados, caminareis entre edificios de piedra sucia, monstruos oscuros de tres o cuatro plantas, deteriorados, mal mantenidos, que habrán servido de camino para que las nubes enfermas y negras, salten de azotea en azotea.

Como si os costara respirar, vuestros cuerpos se habrán convertido en una muestra de lo que padecerán vuestras almas, y os moveréis como viejos bueyes, pesados, viejos y asmáticos. De pieles alimonadas y ásperas, sentiréis una terrible picazón por todas partes, por todos los recovecos de vuestras anatomías, pero no lo podréis dejar, no lo podréis dejar nunca ...

Os resistiréis, el pensamiento eterno, la existencia. ¿Donde estabais antes de nacer?, ¿donde estaréis después de morir?. Será lo que siempre habréis creído, pero ... ¿cómo?
¿Quizás tres veces, sobre el suelo mojado?, os faltará el aliento, os detendréis un instante y dejaréis las latas, no más patadas, puro agotamiento.
Entonces caminaréis muy despacio, arrastrando los pies por los callejones estrechos y oscuros, los charcos viscosos del suelo ahogarán aquellos zapatos gastados y ayudarán a que hagáis un ruido de batracio muy irritante, mientras tendréis sobre vuestras cabecitas, un sol enfermo que intentará dorar la Tierra desde el techo del mundo.
Saldréis de los túneles estrechos de casas viejas, como caracoles escapando de la maleza, la luz se os pegará en las azoteas y entre las nubes enfermas, babosos y lentos, húmedos y fríos.

Un sol húmedo y frío ... no lo podréis dejar nunca.

Cuando las abuelas estén en sus camas pudriéndose, caeréis en la cuenta de las veces que habréis pensado que jamás llegaríais a esto. Pero este embrutecimiento habrá sido inevitable.
Las veíais cada noche con los ojos transparentes que suplicaban, como enormes bolas de cristal, mudas como figuras de yeso recubiertas de pieles arrugadas y malolientes, y en sus cabezas, aquel batiburrillo de lana escasa y ridícula, blanca y

peluda que llenaba los peines de pelusa y piel seca. Y pensareis en si se darán cuenta, si vivirán aquella inmundicia, si se verán como las momias acartonadas que serán, o si la conciencia las habrá abandonado hará ya tiempo para librarlas de la tortura. Pero terribles detalles evidenciarán que muchas veces son conscientes de todo.
Madre os dejará en el búnker, con las abuelas, con las abuelas moribundas.

Llorarán, y mascullarán que se querrán morir.
Otras veces llorarán sin decir nada, mudas, lloriquearán sin más, y otras veces, simplemente no estarán, como vegetales pasivos, no estarán. Les cambiaréis los pañales y les arrancaréis las costras de heces y orina. Las perfumaréis, les daréis un beso en la frente, y os meteréis un “Kit-Kat”.
Esta operación se repetirá un mínimo de tres veces al día, igual que cuando se cambia el agua del bacalao seco ... en remojo, para arrancarle la costra de sal.

A vista de pájaro las babosas escaparán de la maleza, y con paso imperceptible llegarán al centro de la plaza donde tantas veces habréis jugado de niños. Con los amigos lejanos.
Desde arriba, pareceréis figuras de pesebre, las babosas, el recipiente central, las escaleras de la Torre negra ...

Os daréis cuenta poco a poco, pero tendréis que aceptarlo el día que al levantaros completamente empapados, estaréis obligados a rendiros a la evidencia.
La noche antes, os pegaréis un chute en las venas con generosidad, vuestros organismos ya la tendrán por un plasma vital, correrá por las venas con naturalidad, conocerá bien el trayecto, todas las rutas de vuestros cuerpos, y os llenará, y os regaréis con aquella mágica luz verde.

Hurgando en las venas de cartón durante un rato y ... montaña arriba, dejando la maldita comunidad atrás, y corriendo hacia el bosque, los senderos, y a descansar bajo los pinos, aquellos pinos fantasmales que ya no estarán.
Enturbiada la mirada con el filtro verde, y el aroma imaginario de la nada, perseguiréis las estrellas de azogue y las atraparéis con las manos desnudas.

El búnker, sucio y gris, palpitará bajo vuestros ojos, en la base de la colina.

Los conejos y las ardillas, agrupados de tres en tres, os vendrán a recibir y os corretearán entre las piernas. Os reconocerán, seréis de ese paisaje viejos amigos.
Y simplemente reposareis, os tenderéis en el suelo y os desentenderéis del malestar. Reposareis, y estirareis las piernas en ese césped delicado y acogedor que os hará las veces de cama, como terciopelo suave y verde. Lo acariciaréis, y con la dulzura de una pluma de pájaro, os hará cosquillas en los pies.

Aquella alfombra verde de magníficas proporciones, parecerá hecha para acogeros.

Un pequeño prado cercado por el infinito manto negro del hongo, que descansará en la base de un monte, salpicado de amapolas, como manchas de sangre en el mármol de un matadero.
Algunas aves majestuosas dirigirán el vuelo cerca de vosotros, y os dedicarán piruetas y figuras bajo un cielo azul y limpio, matizado con vetas de nubes altas que os darán la bienvenida.

Sonreiréis satisfechos y felices, y os terminareis de meter el resto de la magia en las venas.

Muchas veces, oiréis un galope fuerte y gracioso que vendrá del valle, poco a poco se acercará una fuerza hecha bestia, y veréis primero un cuerno dorado que asomará tras los setos, luego se dejará ver una criatura preciosa, algún unicornio despistado de los muchos que hay en el montículo, al norte del búnker, paseará y se acercará con timidez, blanco de tono verdoso brillante y fino como el culo de un niño. Hombros fuertes como la embestida de un toro, pero de pasos elegantes y suaves como el vuelo de un cernícalo.
Se acercará sí, pero no demasiado, y luego huirá con esa gracia que le hará único, bestia magnífica y cautivadora.

Por uno de los senderos, aparecerá una mujer enjuta de cabellos blancos, largos hasta la cintura, como una deliciosa cascada de nieve, vestida con la ropa militar que todos lleváis en el búnker.

La anciana se paseará por los senderos, siempre altiva, misteriosa y encantadora, de mirada perdida, preocupada por sus hijos equivocados y desencantados.

Imperceptiblemente, enturbiando aquel cielo excepcionalmente verde, aparecerá una sombra oscura que poco a poco cubrirá como una nube tormentosa todo el monte con sus senderos. Se esconderán conejos y ardillas, los unicornios despistados, y os quedaréis solos, desamparados, esperando la materialización de la sombra, la ya familiar sombra.

Una vez ya todo oscuro, frente a vosotros, emergerá del valle un enorme dragón, que como una serpiente con alas, latirá y os mirará fijamente.
Notareis la terrible punzada en la cabeza producida por un rayo. Un rayo que saldrá de la boca abierta, escamosa, oscura y maloliente de la serpiente y que se clavará en vuestras cabezas,

produciéndoos un terrible dolor. Os levantaréis dando tumbos, con las jeringuillas todavía clavadas en las piernas y caeréis de nuevo de rodillas, vencidos por el dolor.
El dragón, la serpiente alada, sin prisa, os recogerá con los dientes, como la perra a los cachorros, y os dispondrá espatarrados sobre su lomo ... jinetes improvisados y mareados.

Después echará a volar.

Los primeros latidos de las alas, densos, lentos, graves como un terrible trueno lejano, os ensordecerán. Cada latido doblegará la hierba, obligada por la fuerza del viento. Y la serpiente, despegará lentamente dejando atrás el monte, la comunidad y el búnker, hasta que ya no quedará más que una estera verde que se fundirá con el azul del mar.
Será en ese momento, cuando la serpiente se dejará caer en picado plegando las alas, y sentiréis las más terribles náuseas, el mareo más horroroso, y la serpiente frenará en seco la caída a un centenar de metros escasos del suelo, desplegando sus enormes alas, como un paracaídas que se abrirá de golpe y que obligará a los árboles a rendir cumplimiento por la brutal fuerza del viento.

De nuevo y poco a poco, ascenderá hasta la misma altura anterior, lentamente, con suavidad, haciendo círculos de buitre que lo empequeñecerán cada vez más, será en aquel momento, que desearéis morir, porque sabréis lo terribles que serán los minutos siguientes. Y así será, la serpiente subirá y subirá, incansable, hasta que se volverá a tirar en un picado fulminante y suicida.

Casi perderéis el conocimiento, la sensación de mareo y las náuseas serán tan grandes que estaréis en el punto de no poder resistirlo, entonces, os convertiréis en gárgolas de piedra, y no

pararéis de vomitar, pero la tortura continuará y la serpiente se dejará caer y subirá haciendo espirales y las gárgolas, montadas en la espalda del dragón, vomitarán y vomitarán ríos enteros de magma amarillo, hasta que, aburrida, la bestia emprenderá el vuelo hacia el mar.

Agotados, con el pelo sucio de vómito, os agarraréis con el último aliento al lomo de la serpiente, y una vez sobre las aguas, la bestia se retorcerá volando de espalda, provocando que medio inconsciente, caigáis libremente a la gran cama salada.

La brisa os acariciará las mejillas, y sentiréis aquel gracioso vértigo en el estómago, os abandonaréis. En ese vuelo placentero, abriréis los brazos y disfrutaréis, sonreiréis, pues el placer se multiplicará mil veces después del horror que habréis pasado. Os acercaréis a las nubes en un vuelo descendente, y continuaréis el viaje como un pájaro planeador. Su vuelo será magnífico.

Muchas veces, la gente del búnker se reunirá en hogueras, y os verán volar. Negarán con la cabeza y suspirarán, y en el final de vuestro viaje os verán estampados por fin contra aquella enorme manta azul. Os verán caer como meteoritos encendidos, rojos, en llamas. De fondo, el cielo rojo, y esperando como una enorme boca azul, el mar.
Caeréis poco a poco, lentamente, y aplaudirán y llorarán y señalarán en medio de las danzas, y de los debates, hasta que los meteoritos se zambullirán en el agua marina, mientras esta hervirá escupiendo una enorme columna de humo verde.

Y allí os sumergiréis abatidos, y os dejaréis mojar por el mar cálido y confortante. Dejándoos arrastrar hacia el fondo de unas aguas oscuras, tranquilas y acogedoras.

Habrá una corriente insistente y muy poderosa que tirará con fuerza. No será rápido, de hecho será muy lento, como caer poco a poco. Vuestros cabellos bailarán con las aguas, os sentiréis tranquilos, hasta que entre peces de colores, perderéis el conocimiento.

Al despertar, os levantaréis completamente empapados, las manchas húmedas comenzarán en las entrepiernas y se extenderán por vuestros sacos de dormir.
En los camastros, las jeringuillas amigas. Vacías.
Os daréis cuenta poco a poco, pero lo tendréis que aceptar el día que al levantaros completamente empapados, tendréis que rendiros a la evidencia.

Lo tendréis claro, y en más de una ocasión, habréis querido dejar de ver a la bestia, pero la verdad será que no encontraréis ningún motivo de peso para hacerlo, o tal vez esta será la excusa que os pondréis, y en realidad estaréis profundamente ligados a la serpiente.

LA PLAZA

La plaza

Como un grupo de relojes ralentizados habrían podido girar con esfuerzo sobre sí mismos y habrían podido contemplar la plaza igual que llueven los martillos sobre las niñas ricas en el escenario de tantos juegos y reuniones. No era muy grande, habrían podido decir que otrora se habían celebrado asambleas importantes y cabezas reventadas en rituales donde la carne picada se hubiera podido amontonar en la puerta, pero ellos no lo habrían podido experimentar, tal vez sus abuelas.

Habría podido tratarse de un espacio rectangular, en otro tiempo bien pavimentado pero ahora lleno de agujeros y de tierra sucia y fangosa, donde ya solo lloverían martillos sobre rostros de ángel. Habrían accedido a ella dos túneles confrontados por las caras más opuestas del rectángulo.

El Monolito negro, apaleado por los años y tantas veces violado y maltratado, reducto de ilusiones cuando las almas se congelan, terribles penas condenadas a tener continúas hemorragias durante el parto, por cuyas paredes hubieran anidado conejos horribles y otras vejaciones. Tan sólo hubiese quedado ya el cemento sucio, de cantos rotos, desatendido como una mujer vieja y castigada por un marido psicópata y muerta de aburrimiento.

No podría haber habido ninguna luz que iluminara el Monolito y de hecho no habría habido ninguna.

Amarillento por la erosión salvaje de la lluvia cargada de productos químicos. Bañado de hojas secas, como si ellas también se protegieran del agua, ya que en ninguna de las noches robadas para nosotros hubiesen podido reposar nunca

los guerreros. Con aquél terrible hedor, mezcla de humedad y excrementos de perro, la ancha marea hubiera podido llevar a las madres a la playa y a sus hijos al fondo del mar.

Habría podido ser junto a las escaleras de la Torre, que hubieran hecho esquina y podrían haber estado en frente del túnel por donde habrían podido llegar los niños, habría podido ser un centenar de bocas atemorizadas buscando satisfacción.

Habría podido estar en un rincón oscuro y bastante húmedo.

Aquello no habría podido ser un monolito, como calamar en la penumbra, habría podido ser un sagrario. Una pequeña pesadilla de la plaza que hubiera podido conectar con el castigo que separaría a la fuerza las rodillas infantiles que esconderían arcanas manchas de sangre y orina.

El servicio de limpieza del búnker hubiese hecho años que no funcionara, hubieran podido dejar que la corrupción se comiera la administración en general como los viejos polvos de talco aceptan sobre sí las huellas y como era de esperar, las cosas habían ido degenerando hacia las antiguas dunas casi decoradas por débiles soportes de ave marina.

Se habría podido secar toda voluntad, y el Monolito, plateado por la luna, hubiera podido ser uno de los elementos que hubiese sufrido las consecuencias. Habrían corrido gatos de arena con papelinas blancas sobre la cabeza y sus relojes de carne triste hubieran crecido en un jardín de despojos a su alrededor.

De cristal sucio y de perfil metálico, como triste arroyo de penas, con la pintura rayada y comida por el óxido, hubiera podido parecer una triste lágrima de fracaso de las víctimas demasiado

lentas que no encuentran verdugo, y posiblemente lo hubiese sido.

Hubiera podido tener fragmentos arrancados, y el suelo a su alrededor podría haber estado cubierto de una alfombra de hojas húmedas, papeles y animales muertos, además de algún que otro nido de bicho sin identificar. Esto hubiera hecho que al acercarse, las pituitarias fueran asaltadas por un hedor agrio y penetrante. Los niños ennegrecidos hubieran podido jugar en su entorno, rezando con sus bocas sucias; "gemido silvestre, trampa de hierro, noche de caza, y zorro mutilado".

Hubiera hecho también muchos años que ya no habría nadie al otro lado para recibir amorosos lamentos irrumpidos, ni la sangre convocada en sus plegarias. En su defecto hubiera podido quedar aquella negra caja metálica medio rota, y el cordón umbilical sin auricular.

Hubiera podido ser el urinario público, el contenedor de la basura, un cementerio de pequeñas bestias enfermas, un refugio para insectos cargados de enfermedades, la papelera, el rincón más repugnante del búnker donde se hubieran podido cometer crímenes terribles. Algunos nunca confesados, y otros nunca suficientemente castigados. Lo hubiesen podido quemar varias veces, y eso hubiera podido acabar dándole su aspecto sombrío y decadente, casi desahuciado.

Violaciones y locura, la Pelos. El asunto hubiera podido ser un escándalo de dimensiones magníficas, sobre todo porque se hubiese podido descubrir que el violador hubiese sido un miembro influyente de la asamblea. Un hombre que gozaba de una gran reputación.

En pocos años, el mimetismo entre la Pelos y el Monolito, se hubiese revelado absolutamente monstruoso.

Dejada como un murciélago traslúcido, sucia y abandonada en este mundo sin voces de niño, donde no vale la pena fabricar juguetes, como papel higiénico usado, como el moco que se hubiera tenido que esputar.

Antes de que la ingenuidad hubiese descubierto otra bestia, hubiese sido uno de los muchos fantasmas del búnker, de los muchos que hubiesen rondado las noches, malignos y desamparados, donde la gente hubiera perdido la razón y el destino, en el instante que hubiese puesto esas retinas de éter apuñalando la cara con el cerrojo de una niña.

Podría haber sido la burla de los privilegiados que hubieran podido vivir los días podridos del búnker, hasta que una mañana podría haber desaparecido, en ese lunes de castigar sepulcros detrás de las tumbas, para observar la acequia a través del cristal del tiempo, para oír a los condenados enloquecer cuando hubiesen mancillado la historia en una burla sangrienta, todo el mundo hubiera podido saber que habría pasado, pero nadie lo hubiese comentado, no hubiera sido necesario.

La gente del búnker hubiese podido callar ... siempre lo hubieran podido hacer, callar, consentir, disimular, dejar pasar las cosas como si no fueran con ellos.

Y justo en frente, al otro lado de la plaza, haciendo esquina con el túnel por donde hubieran podido venir los niños, vigilando siempre el Monolito, atento con los ojos grandes y fijos, pero con la boca cosida para no decir nada, el comedor. Contemplando a cada uno de los nombres igual que a bichos venenosos, pero sólo si

muerden y beben la sangre del vacío que se ahorca bautizado en la cárcel, como las lágrimas que han vuelto a clavar sus cuchillos en la tierra. Austero y lleno de humo como una caldera vieja. Repleto de gente como un hormiguero. De paredes y suelo de madera vieja y carcomida. Con las polillas y los gorgojos que hubieran podido volar sobre las cabezas de todos. Con ese olor a licor destilado en el búnker, y sudor, donde aún se podían haber hecho tantos tratos. Con aquellas tablas de madera vieja y medio podrida, que podían haber hecho un olor tan desagradable. Muchas veces, el olor de la madera hubiera podido ser tan insoportable, que se hubiera hecho casi imposible comer nada encima.

El viejo comedor resistente hubiese sido el desastre del estómago que podría haber contenido el pavor que es la propia vida, hubiese sido, incluso enseñando a los osos a bailar, el aroma tranquilo de la piedra muerta.

El lugar donde todo está por empezar lo hubiese podido aguantar todo; el surgimiento de los Recipientes, el Hongo negro, las bestias que hubieran podido salir de la Flor, el saqueo de libros, que se hubiese marchado Padre.

Todo.

Sólo algunos clientes muy preparados y ya iniciados en aquellos asuntos, hubiesen sido capaces de resistirlo. Y se les hubiera visto devorando aquel rancho apestoso y bien cargado de aceite mugriento, allí donde otros hubiesen tenido que reprimir las arcadas.

El porcentaje de grasa en el ambiente hubiese sido tan grande, que se hubiese dicho que los cocineros no gastaban ningún

producto para tener el cabello siempre engomado y reluciente. Cada oscura mañana cansada de miedo les hubiese bastado simplemente con pasarse el peine y, como un casco, los cabellos hubieran formado un todo y no hubiesen osado moverse nunca. Hubiesen corrido anécdotas increíbles sobre los cocineros y la grasa. Hubieran dicho que para lubricar la cadena de sus bicicletas, hubiesen tenido suficiente con rascar con una espátula los estantes de las botellas de licor y, con la grasa que hubiesen sacado, habrían llenado botes enteros.

Al otro lado de la plaza, el túnel que hubiera podido conducir al corazón del búnker, edificio subterráneo de rostro abyecto, dormido por las sombras, vaciado de luz, niño desnudo con sangre en las alas y mirada esquiva, lleno de leyendas infantiles sobre una bruja y unas supuestas desapariciones de niños repentinamente enfermados.
Bruja probablemente no hubiese habido ninguna, pero un lugar en decadencia quizás sí. Habían ido dejando que todo se agotara después de la huida de Padre.

Un patriarca que había podido hacer fortuna lejos del búnker, en un interminable fuego que sigue creciendo en los ojos de sus vencidos habitantes. Lo hubiesen podido venir a visitar de otros búnkeres, adoptado por la tragedia tal que un hijo helado, pero después del Hongo negro, el consumo de pieles hubiese podido mermar mucho y el negocio de los intercambios que llevaban ya sus hijos se hubiese podido resentir. Por supuesto, las cosas podrían haber ido de mal en peor, hasta que la siguiente generación apenas hubiese podido sobrevivir cayendo por los labios de la narcosis igual que una guillotina de azufre.

Un resumen muy rápido para una decadencia de años, ese borrar los rostros de los féretros, cuando las flores de la jaula

despedazan la danza de los siglos y, ese dolor, y esa hambre que celebra la ceniza sin usar monedas. Los niños ciegos, que habrían podido devorar los recuerdos en el cristal seducido del callejón sin salida, también habrían podido ser muy duros, se hubiera hablado poco de ellos. Después, una terrible decadencia y un estancamiento horroroso, el edificio había sufrido las consecuencias.

En el interior, un proceso químico con colmillos enormes igual que la sacudida de un corcel hueco, hubiera podido esculpir la lengua de un recuerdo deslizado por la soga que hubiese podido unir al neonato con su cripta. Años de no tener recursos para reponer una baldosa rota, para tapar un mal agujero, para echar a las ratas, para mantener el búnker, habrían hecho de aquellos túneles otrora prósperos, un lugar en el que sólo deshonrados reptiles hubieran podido demoler el resplandor del pantano, o a la semilla triste que envuelve las retinas y que se atiborra del oleaje en fogatas de tierra.

Esto, y el hecho de que la última descendiente de la familia hubiese podido ser el fogonazo que borra la bajamar, y que sostiene la memoria de las criaturas, y este diluvio que no lastra pero dentellea, producto de la penuria que hubiera podido transportar de joven, habría contribuido a la leyenda de la bruja que habría culebreado como la implosión de un astro, mientras la luminiscencia se distanciaba sin que nadie se hubiese podido dar cuenta.

Acariciando el comedor, una modesta sala de cine abandonada que se habría podido convertir en un centro donde la gente se reuniese para compartir la soledad que les rodearía, habría podido hundir la alegría en el espolón como si estuviera recordando el tumor, sangrando esperma a borbotones,

engendrando despojos florecidos de la sílaba, goteando la infancia como un guijarro.

Habría podido haber un letrero en la fachada, hecho con un cartón viejo y escrito de mala manera, que hubiera podido anunciar la proyección de una película para esa misma tarde y los niños del búnker, no hubiesen podido evitar detener en él la vista, tal vez por ese rótulo desgarrado y sucio, quizá por el edificio tétrico y decadente, pues el verdadero saldo del ascetismo respira en el cloruro de hidrógeno, conjurado por las entrañas de un fiambre.
Hubieran podido pensar un momento mientras les podrían haber temblado sus manitas izquierdas de forma ridícula. Algo podría haber hecho que se hicieran el propósito de ir a ver la película por la tarde, acercándose al seppuku con el falo abandonado entre las hélices de los espíritus celestes, probablemente la curiosidad por entrar en ese edificio singular de dos plantas también les hubiese podido precipitar de igual modo que a la flor yerma del ostracismo. La fachada hubiera podido rozar al anciano fósil de la vida, mostrando un rebozado que habría saltado en varios puntos como el malparto oculto en la mazmorra del pensamiento. En el piso de arriba, dos balcones tapiados con sacos de arena, uniformando a las aves con el granito lacrimoso que cae infectado entre el aguacero. En la azotea y coronando toda la obra, dos gárgolas horribles y tan mutiladas, que hubieran podido distorsionar el reflejo de sus propios rostros.

El semen son los niños muertos que a modo de futuro sueña cual tiempo que hiere la piel.

Al lado, la tienda del taxidermista, una coprofagia rota que hubiera podido adorar escondida con la cabeza de los espíritus, resbalando por el viento de los hombres igual que un dolor sin

piel, protagonista de un crimen pasional que sacudió a todo el búnker. Habría hecho años que los escombros inflamados habrían olfateado la niñez de las plantas.

Podrían haber dicho que la luz ya no es un truco oscuro dentro de la tienda, violeta como un beso regresado por el azúcar cuando el milagro de la boca se esculpe por un rostro, animales disecados en extrañas y obscenas posturas, extravagantes encargos no recogidos, a manera de vampiros vomitando el espinazo más común del vapor. Pero lo que sin duda hubiese ido más de boca en boca en el búnker, hubiese sido la sospecha de que ahí dentro, descansando junto a los animales, también podría haber estado el cuerpo disecado de la mujer del taxidermista, como una madre que se pudre y cae, que besa su carga igual que muertos clausurando la oquedad oculta del ciego. Según el dicho popular, él mismo la habría podido disecar para tenerla en exclusiva, para poseerla como a una manta, sin entender que todo bien es un simple reino y que por eso debemos parir en una playa de larvas atroces, donde los niños lloren y la fe reúna las canciones.

Todo.

Cuando el cuerpo del mundo se pudiese haber detenido con las escaleras sin barrer, llenas de hojas y de papeles, también podría haber estado allí la Torre, escenario de algo profundo que nos podría haber devorado, que nos habría desplazado hacia lo más infinito de nuestros pájaros, abandonada y sucia como el resto del búnker, que habría abarcado nuestra pulpa, de igual modo que la piel fúnebre limpia las sombras del sueño y clava su dolor en nosotros. Si algún elemento podría haber representado lo más sórdido, el aspecto más triste y decadente del asentamiento, habría sido sin duda la Torre.

El Monolito y la Torre habrían podido ser claramente hermanos.

De cuatro o cinco bibliotecarios que durante años habrían podido destrozarse los ojos sobre los papeles de la Torre, después de extenderse el Hongo negro sobre el Hombre, quedó tan solo el viejo ciego. Y quizás este no habría podido durar ya mucho.

En estas ruinas arrastradas del búnker, alimentadas en la fábrica de las venas que aletea con los susurros del cemento, la decadencia generada por el Hongo negro habría podido provocar un debilitamiento progresivo de la biblioteca de la Torre, el desinterés general y la falta de cohesión, así como la progresiva pérdida del misticismo, habrían podido desencadenar la aparición de una generación de bibliotecarios descreídos y poco convincentes, perdurando en la catarata sin ojos, que olvida su cansancio de estatua.

Hubieran podido mantener las formas tropezando con los gritos, y poseyendo los silencios del exterminio, en un fusil torrencial que hubiera podido padecer en la verdura, hasta que nada se hubiese escapado del tórax. Habría sido la Flor lo que lo habría cambiado todo. Nadie habría podido esperar que pasase aquello.
En medio de una generación de bibliotecarios formales y sin vocación, se hubiese podido hallar un color extraño en la tumba viscosa, como si el viento de los insomnios cercenase su viva conexión con la nieve que habitase en torno al dolor, y con la Torre debilitada y autocomplacida, podría haber aparecido un archivero con una terrible crisis existencial, con los brazos tan llenos de pinchazos, que muchas veces se habría tenido que clavar la aguja en las piernas o debajo de la lengua. Habría abusado tanto de la sustancia, que su piel podría haber tenido un color ceniciento y tan gris como el búnker.

Pero posiblemente habría sido esta crisis de fe, estas dudas que lo habrían hecho tan humano cuando el tumor hubiese eyaculado los muertos, y el zumo en torno a la sombra hubiese persistido en las plantas, que en un mar de galaxias, hubiese podido humedecer la sangre de las estrellas con la que las fauces azotan el apellido del vacío, y lo hubiese hecho tal que fantasmas devueltos por los ángeles. Y eso habría desencadenado que las generaciones posteriores abandonaran la biblioteca tradicional tras la muerte por sobredosis del viejo ciego.
A partir de ese momento se hubiese convertido en un símbolo del sacrificio y de la decadencia, emocionando a los tejidos que no saben de hombres y de golosinas, y la Torre, igual que no se oye la violencia de los chirridos cuando se conciben con los lenguajes cobardes de la sombra, demasiado debilitada, no hubiese podido hacer nada.

La Proyección

La Proyección

Para Ricardo Rubio

Salís de casa ensordecidos por los aullidos de Dios, y casi no os tiembla nada mientras un océano estancado de pelo y siglos transmuta en pasos firmes, o eso os parecen, a pesar de que el dragón lo disfrace todo con sus mentiras, mientras bate las palmas para recibir a sus indigentes preferidos.
Enfiláis hacia la plaza, allende la calle y junto a los almacenes, la puerta del edificio está abierta, desposeída de su playa hasta que vomita melodías de bilis en el cadáver de muchos pianos. Ahora que la biblioteca de la torre está casi vacía, unos nuevos locales hacen el trabajo que otrora hiciera aquel edificio negro.

Bar, burdel, pensión, cine ...

Los habitantes del búnker incomprensibles para la cal y la herrumbre, buscáis aquí y allá cualquier rincón para reuniros, para cabalgar sobre la pesadumbre y que estalle el carbón de su risa en un enjambre de tinieblas, queréis compartir la soledad, queréis comprobar que vuestros vecinos viven tan mal o peor que vosotros.
Bebéis unos cuantos tragos más para coger fuerzas y decidís entrar.

Road movie hasta el edificio negro, esta vez es diferente, hay un viaje previsto, un desplazamiento místico, una iniciación.

Cabina de hierro estrecha, carne comprimida y sudada, ¿cómo lo hacéis para encajar allí dentro? Resulta curioso como vuestro maestro y desgraciadamente vuestro único amigo en forma de

dragón, que a veces toma el aspecto de una botella ya bastante vacía, ha cogido tanta práctica en embutir objetos grandes y personas por igual, en lugares estrechos.

Él lo puede todo.

La preparación lo hace más interesante, crea una tensión, unas ganas reprimidas ... los años hacen las maletas llenándolas de inviernos.
El vía crucis previo, llegáis a las escaleras de la torre y alguien se está azotando con unos alambres mientras alguien arrastra enormes y pesados trastos de colores para purificarse. Es gratificante. Ya lleváis el suficiente alcohol encima para percibir las cosas, para verlas tal como son y no como la realidad las muestra, desnudas y sucias. Pero todavía no lleváis suficiente para comenzar el viaje, para ver a la serpiente. Los años os han hecho unos expertos en las dosis justas.

Hay gente, pero el efecto de la droga ya es importante, suficiente ...

Aquel antiguo cine desahuciado toma un aspecto místico, es allí donde la conocisteis, empaquetando metal y niños malparidos para atravesar vuestra abandonada ternura, y supisteis que nunca más la olvidaríais.
La proyección hace rato que parpadea en la pantalla. Las imágenes se incendian en la tela con un chisporroteo enfermo e insistente y caen de rodillas en la suciedad de la sábana, para zozobrar igual que un faro que escupe la temperatura de los sueños sobre un crepúsculo azul de dientes afilados. Como un gran fuego, cada llama expresa una imagen, cada imagen ... una idea.

La vanidad de las piedras os indigna, quietas, tumbadas en el suelo y desafiantes.
Tienen un sentido del misterio ligado a sus formas caprichosas, insanas, lisas ...
Las piedras terminan por reventar al sol, se hinchan de sí mismas, se vanaglorian en su estado de piedras, en su condición de piedras, lo hacen queriendo, pretenden una originalidad milenaria, "ya estábamos", "ya estábamos" ... ¿y qué?.
Cuerpos viejos y rígidos, en un estado alterado de conciencia.

Hay una conmoción que sacude por dentro las tripas del tiempo, una especie de explosión de sentidos, sobre todo del olfato, un hedor vomitivo que viene de lejos, pudor agrio, misionero y febril. Pestazo cruel, indiscreto, que se incrusta nariz adentro y cosquillea las pituitarias, castigando y quemando las vías respiratorias. Este es el hedor verdadero, el hedor que hace el mente cuando se escurre y huye empujada por otra mente que se infiltra en el cuerpo. Como un parásito, como un chupador intestinal que camina entre los órganos internos para alimentarse de las inmundicias que allí se esconden.

Hay un paralelismo entre las piedras y el mente, en el suelo, quietas y desafiantes. Quizás las mentes son de piedra.

Durante la proyección, tenéis demasiadas cosas que perder, os cargáis las espaldas con un montón de sospechosas herejías que os arrastran por la sala como hez en culo de perro. Demasiado tiempo para torturaros, pero os falta practica ... y al final, el remordimiento.
Pero es aquí donde se pierde la perspectiva, la proyección y la vida se pueden fundir a la vista, sólo hay un momento mágico, siendo guiados por otra voluntad, ya no es vuestra nariz, ya no son vuestros ojos, y sudáis y sudáis, con una piel ajena andáis

con otros pies. Ya no esperáis nada, ni nada os va a pasar, ya no sois vosotros. Os extrapoláis, os descontextualizáis, y ya vivos dentro de la pantalla, abandonáis vuestros cuerpos, y entráis en un estado de posesión, y el veneno va haciendo su efecto, aquel dulce y rojo veneno verde.

Una pequeña víbora se retuerce como un perro con el vientre lleno de gusanos, se revuelve y se estira como si al hacerlo encontrase un consuelo a alguna desazón que le torturase.
Una cucharada de miel en la palma de la mano derecha, y un puñado de mirra en la izquierda, el rostro se contrae como al tragarse un puñado de agujas, como haciendo gárgaras con cristales rotos, y la víbora continúa el baile, un baile agónico y feroz. Poco a poco se arranca la piel, como si se sacase una camisa sudada y molesta. En el ataque, las convulsiones son tan fuertes que tenéis miedo de que no le salte la cabeza de sitio, como una danza frenética, como una estúpida puesta en escena. En el momento previo al asalto del mente. En el abandono definitivo de lo que reconocemos como propio. En el auténtico viaje.

Aquella mujer de cuerpo turgente y húmedo, deja deslizar el vestido de seda por el cuerpo, hacia el suelo, le frota los pezones que trepan duros, le acaricia las piernas y el terciopelo del sexo, y queda acurrucado a sus pies, agotado. Un pequeño montón de ropa agotada.
La serpiente, ahora está reluciente, estrena piel, la chica escupe un trago de sangre que ensucia la pantalla.

¿Porqué pensáis en quien inventó la escafandra autónoma?

Todo el mundo debe renunciar a su escafandra autónoma, un intercambio de escafandras autónomas, una fiesta de

escafandras autónomas, una intoxicación de escafandras autónomas, una orgía de escafandras autónomas.

En este intercambio hay una alteración del ego, Dionisio entra en vosotros a través de las escafandras y os fornica.
Las escafandras autónomas pueden caminar a voluntad, son como las piedras, quietas, tumbadas en el suelo y desafiantes. Pero tienen un vínculo material que las hace débiles, sensibles. Las piedras están más cercanas a la mente. Dionisio se restriega por las piedras vestido con una escafandra autónoma.

¿Existe la película cuando nadie la mira?.

Entráis como babosas en aquella sala, pensáis que se pierden pronto las mentiras cuando las luces agrias menstrúan madera repujada sobre nuestras fauces. Os sujetáis la cabeza con las dos manos, tenéis miedo de que despegue como un globo. Habéis practicado durante meses la entrada en aquel santuario, tenéis la certeza de que en esta ocasión, sabréis entrar correctamente y todo saldrá bien. Pero algunos no tenéis ninguna práctica, sois unos pardillos desorientados, y bebéis un poco más. Como un chorreo de baba, os sentáis en las butacas. Ni una palabra.

Damocles reprime un vómito.

La rojez de los asientos está interrumpida por las quemaduras de cigarrillo que abren enormes agujeros de donde salen malolientes columnas rígidas de humo gris.
Algunos se permiten fumar su picadura. Una picadura hecha con agujeros. Agujeros picados y procesados, listos para fumar.
Ocho figuras sentadas solas en una gran sala de proyección.

Os rellenáis de aquel néctar hasta perder la conciencia, hasta hacer cara de nada, hasta poner los ojos en blanco.

Todo el mundo tiene su serpiente, allí también beben.

La chica se alza como un chorro de agua en una fuente. Su cuerpo mantiene un equilibrio místico, no camina, danza. Su cabello negro como el agave luce brillante ... empapado de rocío. Largo hasta la cintura, tiene un movimiento uniforme, como si fuera un solo cuerpo y no estuviese hecho de independientes hebras de pelo. Danzan juntos, ella y cabello. Su cuerpo larguísimo tiene una gracia divina, sus manos delgadas, de porcelana, tienen el toque del terciopelo, pero son firmes y sujetan con fuerza una caja con mas bebida, que reparte a los asistentes con una sonrisa.
Bandadas de flores y mariposas salen de su larga cabellera, los gestos de su rostro tienen un gran poder. Con otra sonrisa hace que empiece la proyección.

Guiña el ojo al chico de brazos fuertes y manos de cristal, La Dulce Cereza Negra, se llama la mujer, y el chico ve en el fondo de sus ojos un abismo de tiempo insondable.
El chico de brazos fuertes y manos de cristal, diserta sobre técnicas literarias, mientras muerde dulcemente el lomo de una serpiente.
Con vehemencia, convierte cada palabra en un jinete con montura de guerra, y cada frase en un ejército que cabalga por el aire cortando el humo de la oscura sala.
Aprisiona su cabello en una coleta, y con la mano izquierda, translúcida y frágil, acaricia un largo bastón de mango de plata.
Otro trago más de aquel néctar divino y su rostro infantil mueve con astucia los pelos de una barbilla escasa.
Profiere improperios contra todo, insulta y brama como un

cordero de pascua, y mueve sus ojos de hurón, que como dagas, se clavan con mirada perdida en la nada.
En un rincón del santuario, un viejo gramófono rasca la aguja sobre una hoja arrancada del Silmarilion.
Melodías cósmicas suenan como una suave brisa de mariposas que se mueven entre las columnas de humo y vuelan juguetonas.
Toda la sala es un universo en movimiento, una danza cósmica de percepciones.
El niño escorpión mira embobado la tela donde se proyecta la película, y sueña.
Las imágenes salen de sus cabellos rubios y se reflejan en un aura azulada sobre su cabeza. El niño escorpión tiene unos ojos preciosos, cautiva, enamora y su enorme aura azul, reproduce la película re-interpretada, con un nuevo sentido mágico y maravilloso.
De sus ojos salen pequeñas chispas azules que ascienden haciendo una espiral y poco a poco se materializan en el techo en un gran dragón verde, allí lo tenéis, el dragón, vuestro dragón.
La madre del niño sostiene una copa dorada en la mano derecha, levita apoyada con una pierna sobre el brazo del sillón. No lo toca, su pie apenas se mantiene unos milímetros sobre el brazo de madera.
Sus cabellos negros y ondulados se dejan acariciar por una corriente de agua ficticia, parece toda ella sumergida en un río, y su pelo se mueve como se mece una cuna.
Sus labios carnosos besan la copa con un gesto sensual mientras cientos de ardillas le corren por la espalda, saltando entre sus caderas y continuando la carrera juguetona por tierra.
Viste con un maillot de licra negro, que muestra un cuerpo delgado y perfecto, una danza anatómica de una armonía precisa y divina.
La Dulce Cereza Negra lleva con una sonrisa una bandeja llena de lembas, y las reparte con un gesto de la mano, lleno de dulzura y suavidad.

Coméis, y el sabor de la miel os llena la boca y os devuelve las fuerzas, a la vez que el néctar os aturde más y más hasta obligaros a abandonar el cuerpo. Sentís toda la sala dando vueltas siguiendo la espiral del niño escorpión y os eleváis por encima de las butacas.
Lo que veis es un espectáculo de paz, donde todas las figuras ocupan un lugar en la gran danza, y estáis allí en el techo, y lo veis todo, junto al gran dragón verde.
El gran dragón os sonríe, y en su rostro afable reconocéis los labios del niño. Pero estas cosas son fugaces y duran poco, de hecho, se pierde la noción del tiempo con facilidad.
La excursión que acabáis de hacer dentro de la penumbra tocando el techo, os recuerda quiénes sois, y el gran dragón os esputa su aliento apestoso. Como un martillazo en el dedo gordo del pie, caéis de golpe en la butaca.

Aquel viejo barbudo os sonríe con una boca de piano viejo, con pocas teclas. El hedor de orina es insoportable, y os gusta. El más allá se deprime como un velero al que le han secado el mar bajo el silencio

Siempre habéis mostrado una especial simpatía por los olores mas físicos, mas pútridos. Creéis que son los que os mantienen en el mundo real. Creéis que son los que os identifican, los que os hacen ser vosotros.
Ese terrible peligro de desaparecer en la irrealidad, dejar de oler a vosotros mismos, dejar de parecerse a vosotros mismos, poco a poco no ser vosotros, y al final ... ser otros.
La estupidez de insistir en la ausencia, en el no pensar. ¿Creéis que es fácil no pensar ?

Es todo un arte.

El viejo de boca de piano se lava el pene en una palangana, y os saluda efusivamente con una complicidad ajena a vosotros. Tiene el glande como la corteza de un árbol, y se atreve a sonreír.

En el rincón, el gramófono escupe la hoja del Silmarilion. La mano del dragón elije experta. ¿Quizás "El peligro fascista" de Joaquín Maurín?. Un gran acierto. El aparato vuelve a rascar el papel con ganas de deshacerlo.

La película hace rato que no os habla, o no la escucháis, o ambas cosas.
Los efluvios del aliento corrupto por el deseo, dibujan aberraciones al fornicar con el humo. Pensáis en vuestras mortajas. Como cuando bajaron a las abuelas por las escaleras, en esas bolsas de plástico.

Nunca pensasteis en estos términos ... vuestros muertos. Y ahora, ahora es un hecho. Vuestros muertos.
Con esos ojos que les quedan abiertos, desorbitados al ver el final que de hecho también os espera, y la boca desencajada exhalando el último aliento, impulsando el aire con fuerza, como con ganas de terminar.
Nunca habíais pensado en estos términos ... vuestros muertos.

La dulce cereza negra hace un chasquido con los dedos, como el batir de unas alas de ángel, y una tercera película chorrea por la pantalla.
Un ejercito de gallinas con el pico arrancado entran a cámara lenta, con las pequeñas lenguas colgando, afiladas, duras. Corren por encima de los cadáveres que sonríen, los cadáveres siempre sonríen.

Sentís la necesidad de sumergiros en un baño dorado, pero el miedo de levantaros y romper el hilo de la telaraña os hace dudar. Porque sí, hay una delgada y casi imperceptible telaraña sobre vuestras cabezas, si permanecéis sentados, no pasa nada, pero si alguien se levanta, la rompe.

Y continúan fumando.
Llevan arañas entre los dedos que continúan tejiendo la telaraña que se extiende por todas partes, se fuman las arañitas blancas y alargadas.

Vuestro cielo está a punto de romperse, no podéis caminar sin zigzaguear, y sin tropezar aquí y allá, y aún así intentáis salir.

La sala tiene una sola salida que conduce a una enorme piscina de líquido amarillo con olor a queso podrido que nariz adentro os hace cosquillas en el cerebro. No podéis evitar reír y andar hacia el líquido. Quizás hasta vomitáis y todo.

Una pantera desnuda os espera en el fondo del estanque con un cubo haciendo equilibrios en el hocico. Tenéis varios orgasmos, y os meáis, y luego … os desmayáis.

Los desmayos son siempre odiosos, ¿se debe parecer a estar muerto?, como las motas de polvo, o las alfombras. Como las hojas de periódico cuando habéis terminado de fregar el búnker.

Salís de la piscina y tiráis el agua del cubo. La certeza de entrar de nuevo en el santuario donde se perpetraba el sacrificio os satisface. Pero no os hacéis notar, sencillamente caéis escaleras abajo, dando mamporros a diestro y siniestro, y en los últimos escalones emprendéis el vuelo.
No es un vuelo placentero, pues estampáis vuestras cabezas

contra las paredes como una mosca contra un cristal.
El ejército de gallinas sin pico, de bocas feladoras, corre por la sala haciendo un enorme estruendo y llenándola de plumas.
Todo el mundo tiene los ojos pequeños, demasiado pequeños, y el niño escorpión ya duerme.

La película llega a su fin.

Volvéis a caer y os aplastáis en un mar de moqueta y polvo como un moco en el pañuelo. Alguien tiene una pequeña colección de hongos en casa, pero no le puede tocar la luz, siempre la ven de noche. ¿Se puede transformar un hombre en mangosta?, quisierais ser unas mangostas, unas grandes, fuertes y terribles mangostas, pero os ha tocado ser unas babosas.

No teníais intención de perder tanto el control, creíais que se trataría de una fiesta, que podríais hacer una aparición digna, que saldría el sol, pero la dignidad huyó de vosotros hace muchos años, los dioses pasan factura a los mortales y no dejan margen.

No puede haber error.

Encefalografía de desiertos que no aportan nada a la comunidad, la tribu también se nutre de mediocres. No creíais llegar tan lejos.
De dentro de la alfombra veis al niño escorpión y su madre desfilando en una danza, y marchando, escurriéndose montaña abajo. Sois incapaz de moveros, contempláis impasibles como todo el mundo abandona el santuario, saludándose, saludándoos pero ya no estáis, los veis desde dentro de la alfombra, enterrados en vida, sí, casi estáis vivos, y ellos os pasan por encima.
El viejo de boca de piano no sonríe, y os enseña su escroto de piel de patata.

Después llena un vaso de agua de la palangana y os lo ofrece.

Bebéis con ganas.

Las gallinas sin pico desfilan escaleras abajo, dentro de la alfombra. Con los muertos y con vosotros, que también sonreís. La gran serpiente gira allí arriba en el techo, y la observáis enterrados, hundidos, como una col a punto de salir.

Todo da vueltas.

Grupos de chicos y chicas os pasan por encima, y parecen no darse cuenta de vuestra enterrada presencia.

Todo da vueltas.

Yo casi no podéis ver, los intuís desde allí debajo, desde aquel abrigo mortajoso, húmedo y frío.
El amable rostro del hombre de las manos de cristal, os mira compasivo y agachándose os acaricia con el mango del bastón de plata, después sale por la ventana.

Cuando sabes que se acerca el final, estás impaciente para que termine.

La dulce cereza negra se agacha, os habla, pero ya no la oís, se la ve preocupada, su rostro es un sueño, es un ángel, es una delicia.

Todo daba vueltas.

Huele a pastelería, limón, vainilla, césped mojado. Huele deliciosa y suave, un olor que no se puede olvidar, y que se desea, que se

echa de menos cuando no se percibe. Un olor que crea adicción.

El gran maestro dragón echa a las gallinas y os tapa con una rama de pino. La dulce cereza negra se desespera.
El gran maestro dragón pulsa el botón, y la tierra deja de girar. Mientras se os cierran los ojos, veis el delicioso rostro de la chica, y os dedica la mirada más tierna y suave que nunca hayáis visto o imaginado, puede que incluso os acaricie las mejillas ...

Nota Editorial

Las flores del búnker no es simplemente un libro de relatos: es una experiencia sensorial extrema, un descenso sin pasamanos a un territorio literario que rehúye cualquier refugio. Cesc Fortuny i Fabré se sitúa deliberadamente en el terreno movedizo de la literatura experimental y de vanguardia, donde las estructuras narrativas se fragmentan, se contaminan entre sí y mutan como organismos vivos, generando un tejido textual que exige un lector dispuesto a perder pie, a dejarse arrastrar por el vértigo de lo desconocido.

En estas páginas, las voces narrativas se multiplican y se solapan, a veces en primera persona, otras en coros colectivos o en registros que rozan la liturgia ceremonial o la transcripción científica. Este cambio constante de perspectiva no es un mero artificio: es parte esencial de la atmósfera, un mecanismo para disolver las fronteras entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo íntimo y lo cósmico, entre lo humano y lo monstruoso.

El paisaje que recorre *Las flores del búnker* es onírico y surrealista, pero no en la vertiente amable del sueño: aquí el onirismo es materia orgánica y viscosa, plagada de imágenes que huelen, que sangran, que se pudren y se regeneran. Hay una plasticidad carnal en la prosa de Fortuny i Fabré que mezcla lo biológico y lo arquitectónico, lo tecnológico y lo ritual, para crear un ecosistema donde el terror no proviene tanto de la amenaza externa como de la contaminación íntima.

Este universo narrativo podría enmarcarse dentro de la ciencia-ficción-terror postapocalíptica, pero sería injusto reducirlo a una etiqueta genérica. Si hay restos reconocibles de la tradición —el paisaje devastado, las comunidades supervivientes, la tecnología incomprensible, la biología mutante—, están deformados hasta volverse irreconocibles, absorbidos por una imaginería personalísima que fusiona la física con el imaginario litúrgico, la taxonomía natural con el lenguaje ceremonial, el relato de ciencia con el del mito fundacional.

La sensación de clausura que transmite el título no se limita a un espacio físico: el "búnker" es tanto un enclave literal como un estado mental, un receptáculo para memorias en descomposición, un útero hostil donde la vida y la muerte conviven en una misma masa orgánica. El recipiente, el hongo negro, la Flor y las demás entidades que pueblan estos relatos funcionan como símbolos y organismos a la vez, mutando entre lo metafórico y lo tangible, hasta que ambas dimensiones son inseparables.

En este sentido, Las flores del búnker es también un laboratorio de lenguaje. El texto no se limita a narrar: infecta, desorienta, introduce parásitos en su propio discurso, igual que sus criaturas insertan fragmentos ajenos en los libros o contaminan la memoria de los personajes. Fortuny i Fabré utiliza la repetición y la descripción sensorial como herramientas de inmersión, pero también como forma de romper la linealidad narrativa y de

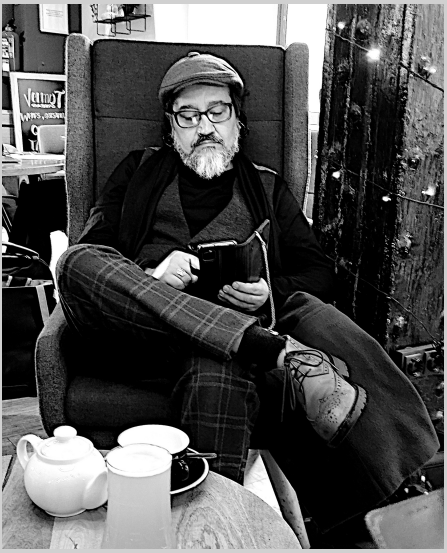
someter al lector a un flujo continuo de imágenes que operan más allá de la lógica.

Este no es un libro que busque la belleza ni el consuelo. No hay redención en sus páginas, ni nostalgia por un mundo anterior. El placer de la lectura aquí es un placer extraño, áspero, que nace de la fascinación ante lo orgánico y lo monstruoso, de la contemplación de un universo que se deshace y se recompone constantemente, como un organismo enfermo que rehúsa morir. Las flores del búnker es, en última instancia, un desafío al lector: una invitación a habitar un territorio donde el lenguaje, la materia y la memoria están en estado de mutación permanente, y donde las flores que crecen —si es que crecen— lo hacen sobre un humus de ceniza y carne.

La Náusea Ediciones celebra acoger esta obra en la que lo humano se corrompe hasta volverse monstruo, y lo monstruoso se adentra en la carne hasta reclamarla como suya.

“La belleza ha muerto y su cadáver florece en el búnker.”

Nota Biográfica



Cesc Fortuny i Fabré. Artista multidisciplinar formado en tecnología, primero en electrotecnia (máquinas eléctricas y líneas de alta tensión) y más tarde en informática (hardware, redes, linux, seguridad, forense, ingeniería social ...).
Ha publicado varios poemarios y está presente en diversas antologías. Escribe poesía, narrativa y ensayo tanto en catalán como en castellano. Ha sido traducido al inglés, italiano, rumano y al armenio.
Como guionista ha firmado el mediometraje «**El plor mut de l'esbarzer**», y los cortometrajes en coautoría con Marian Raméntol; «**EFÍMER**«, y «**La Gàbia**«, ambos finalistas del festival **FilmÓptico 2021**.
Es conductor del blog **Radiografía de la Conspiranoia** donde difunde información crítica sobre sectas, pseudociencias, conspiranoias, bulos e ingeniería social. Sobre estos temas también conduce un **podcast** homónimo.
Colabora con la revista **La Náusea**, así mismo ha colaborado en revistas como BaBab, Kokoro, Alkaid, Iguazú, Periscopio, Joescric, Alfabet, Paper de vidre, El Humo, El coloquio de los perros, Alga, Devenir 111, Educational Evidence o Noche Laberinto entre otras.

ÍNDICE

+ info del proyecto general en porfolio del autor

Manifiesto

+ info en porfolio del autor

Navegabilidad

+ info en porfolio del autor

+ info en porfolio del autor

+ info en porfolio del autor

ÍNDICE

+ info en porfolio del autor

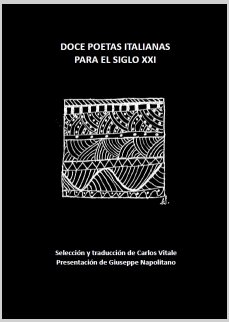
+ info en porfolio del autor

Nota Biográfica

Nota Editorial

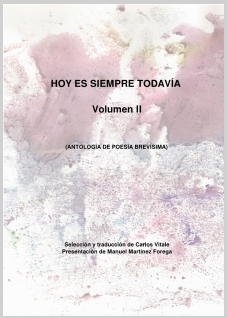
CATÁLOGO GENERAL DE LA NÁUSEA EDICIONES

Antologías Poéticas:

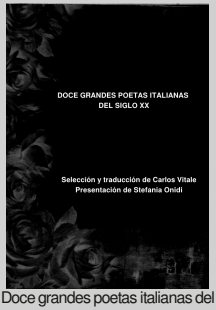


Doce poetas italianas para el siglo XXI
Selec. y traduc. de C.Vitale
Género: Poesía

Hoy es siempre todavía
Selec. y traduc. de C.Vitale
Género: Poesía



Hoy es siempre todavía. Vol. II
Selec. y traduc. de C. Vitale
Género: Poesía



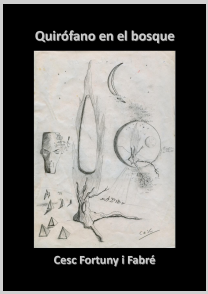
Doce grandes poetas italianas del siglo XX
Selec. y traduc. de C. Vitale
Género: Poesía

En el vaivén salvaje y aprendido
Selec. B. Pérez y M. Raméntol
Género: Poesía

Doce poetas catalanas para el siglo XXI
Selec. y traduc. de C. Vitale
Género: Poesía

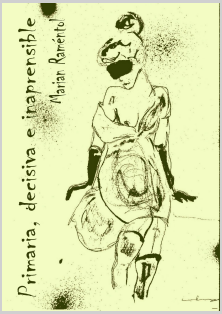
Libros de autor:

Métodos para ahogar con la nariz
Cesc Fortuny i Fabre
Género: Poesía

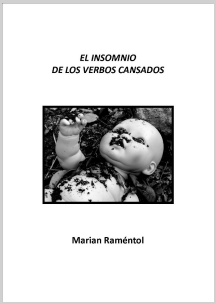


Quirófano en el bosque
Cesc Fortuny i Fabre
Género: Narrativa

Manual del asesino autodidacta
Cesc Fortuny i Fabré
Género: Poesía

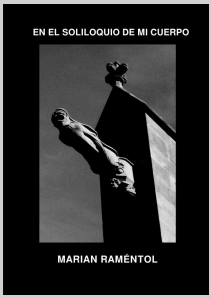


Primaria, decisiva e inaprensible
Marian Raméntol
Género: Poesía



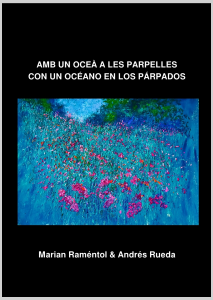
El insomnio de los verbos cansados
Marian Raméntol
Género: Poesía

Malos Versos (libro de artista)
Marian Raméntol
Género: Poesía y plástica

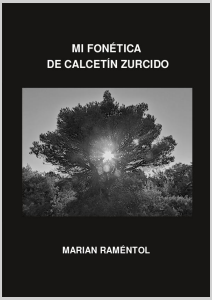


En el soliloquio de mi cuerpo
Marian Raméntol
Género: Poesía

Salvoconductos hacia las primaverras-M.Raméntol
Prólogo: A.Perdigón Delgado
Género: Poesía



Con un océano en los párpados/
Amb un oceà a les parpelles
Ed. bilingüe español/catalán
Género: Poesía y pintura
Autores: M. Raméntol&Andrés Rueda



Mi fonética de calcetín zurcido
Marian Raméntol
Género: Poesía y fotografía

La Mazmorra del iris
Nanna
Género: Poesía

Otras publicaciones físicas:

Maldiciones del lado de la sombra
Género: Poesía
Colección Audio libros- Formato: Audio libro-objeto

Julio sigue muerto a pesar de tus pupilas
Género: Poesía
Colección: Plaquettes

Metáfora, en busca del lenguaje único & El luto de los colores
Género: Poesía
Colección Video-libros

Ediciones Periódicas:
Plataforma cultural La Náusea

Otros enlaces de interés:
Servicios literarios de La Náusea (Corrección literaria, Tutorial poesía verso libre, presentación de poemarios a concursos públicos)

CONTACTO:
lnausea@gmail.com

En el corazón del búnker no hay refugio.

Aquí, la palabra es materia viva: sangra, se pudre, muta. Cesc Fortuny i Fabré te arrastra a un territorio donde el sueño es orgánico y viscoso, donde lo onírico se mezcla con la física, lo litúrgico y lo biológico, y donde las fronteras entre lo humano y lo monstruoso se desdibujan hasta desaparecer.

Las flores del búnker es ciencia-ficción y terror postapocalíptico en estado febril, una obra experimental y de vanguardia que corrompe su propio lenguaje igual que sus criaturas infectan la memoria y los libros. No hay redención ni belleza inocente: solo el vértigo de una inmersión total en un universo que se deshace y se recompone sin descanso.

Quien entre, no saldrá intacto.

La Náusea Ediciones